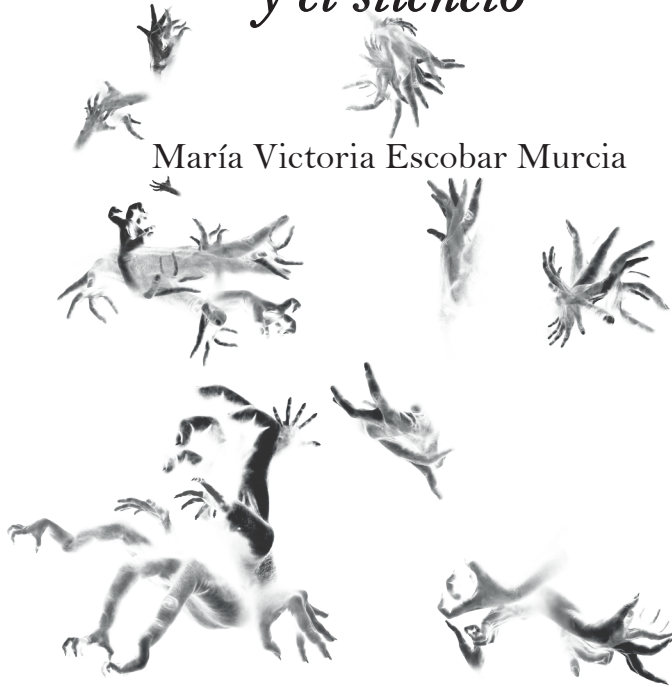


Caja, entre las sombras y el silencio

María Victoria Escobar Murcia



Universidad del Cauca
Facultad de Artes
Programa de Artes Plásticas



Universidad
del Cauca



Universidad
del Cauca

*Caja, entre las sombras
y el silencio*

María Victoria Escobar Murcia

Trabajo de investigación-creación presentado como
requisito parcial para optar al título de:

Maestra en Artes Plásticas

Directora:

Claudia Marcela Ruiz Paz

Universidad del Cauca

Facultad de Artes

Departamento de Artes Plásticas

Popayán, 2023

Nota de aceptación

Aprobado por el Comité de Grado en Cumplimiento de los requisitos exigidos por la Universidad Del Cauca para optar por el título de: Maestra en Artes Plásticas.

Directora: Claudia Marcela Ruiz Paz

Jurado: Luis Eduardo Cruz Mondragón

Jurado: Ricardo Amaya Gaitán

Jurado: Daniel Escobar Vásquez

Agradecimientos

Otros niños se burlaron de mí cuando les confesé que de grande quería ser artista. Al crecer los adultos me dijeron que debía encontrar un oficio para poder ganarme la vida. Ahora quiero dedicarle este trabajo a mi yo de 5 años, y decirle a esa niña que la vida la ganó desde que las artes me encontraron.

Pero, sobretodo, deseo agradecer:

A mi **madre**, por no enseñarme ambición a lo material y por sí inculcarme la idea de dedicar mi vida a lo que mis afectos me movían.

A mi hermano **Leonardo**, por llevarme a conocer el conservatorio de Cali, por matricularme en mi primer taller de pintura y por alimentar mi niña creativa.

A mi hermana **Marcela**, por sostener mi mano cuando tenía miedo de las inyecciones y por seguir sujetándome ahora a mis 25 años.

A mi tía **Libia** y a **mis abuelos** por ser nuestro hogar.

A mi sobrino **Alejandro** por ayudarme con mis inseguridades y decir con orgullo, a sus 7 años, que su tía es artista.

A Cali porque me parió y a Popayán por adoptarme.

A la **Universidad del Cauca** por recoger a una persona que un día pensó no podía acceder a la educación superior por no tener dinero.

A la **Facultad de Artes** por permanecer y resistir.

A los **maestros** por trabajar para las artes aún en un país sin suficiente apoyo para el arte y la cultura.

A mi directora **Claudia Ruiz**, por darme fuerza, por su entrega a mi trabajo y por su dedicación como maestra y amiga.

A mis **compañeros** por ser un espacio cálido y de retroalimentación.

Contenido

Introducción	15
Capítulo 1	
Cuidado y no cuidado	19
No cuidado	21
<i>El diario de una caja</i>	22
<i>Carta a papá</i>	23
<i>Padre</i>	23
<i>Carta para la niña que fui a mis 5 años</i>	27
Cuidado	28
<i>Tomás</i>	33
<i>Fedar</i>	39
<i>Cuento y noticia</i>	43
<i>El diario de una caja</i>	47
<i>Tomas y yo: nos cuidamos juntos.</i>	
<i>Él me cuida a mí y yo lo cuido a él</i>	51

Capítulo 2

Caja	55
Vientre, casa, habitación, armario y cajón	57
<i>Espacio de dentro y de afuera</i>	58
<i>Clasificación de estructuras</i>	60
El rincón	66
Diorama	71
<i>Archivo y construcción de imágenes</i>	81
Fotografía	82
<i>Yo fotografío a mi hermano y mi hermano me fotografía a mí</i>	84
<i>Trastorno mental</i>	88
<i>El diario de una caja</i>	90
<i>Reconstruir lugares seguros</i>	92
<i>Cubo ensamblado</i>	95
<i>Yo... uno, dos, tres, cuatro, Tomás.</i>	101

Capítulo 3	
Silencio	106
Comunicación por medios no verbales	113
<i>Órgano visual</i>	116
Aquellos que durante la historia han sido condenados al silencio	118
<i>El diario de una caja</i>	121
Anexos	
<i>Tabla de figuras</i>	123
<i>Plano de montaje</i>	126
<i>Registro fotográfico sustentación</i>	129
Bibliografía	145

Introducción

Trabajar sobre la relación y la unión afectiva con mi hermano, me hizo consciente, luego de un periodo de reflexión, que el padecimiento del abandono y la exclusión también había sido mío, y que me habitaba aún en los momentos en los que no estaba junto a él. Es así, como a partir de la historia de mi vida en relación con la de mi hermano, se estableció un componente emocional, amoroso, en el que ambos nos convertimos en ese refugio del otro. Esta relación afectiva, hace que en mi trabajo no piense exclusivamente sobre mi hermano o sobre mí, sino sobre aquello que se creó entre los dos.

En el ejercicio de la construcción de mi archivo, encontré que éste lo había estado realizando de manera inconsciente desde la infancia. Por lo cual la creación de cada imagen en mi trabajo reúne elementos que he obtenido desde la experiencia, refleja la manera en que he sido incidida por los deseos, los sentidos, las emociones, la extrañeza de mi memoria y mis afectos.

Sin ser conscientes de ello, aquella acción que realizamos durante nuestra niñez -escondernos-, se convirtió en un hábito con el que convivimos aún en el presente. Los sitios que habitamos en el pasado tienen algo en común con los que cada uno fue buscando y adoptando con el tiempo: ser una estructura en la cual nos refugiamos para separarnos de lo que está afuera. Antes, una casa de sábanas, el interior de un armario, debajo de una cama; después, el borde de una ventana, el encierro de una habitación, el escritorio del segundo piso de la Facultad de Artes, la última mesa de la biblioteca. De esta manera cada espacio se convirtió en un lugar seguro: aquel en el que hallábamos ese espacio íntimo, lleno de cuidado y acogimiento -si estábamos juntos-, o un espacio lleno de sosiego -si cada uno lo adopta solitariamente-, pero siempre dejando afuera lo contrario, el lugar inseguro en el que era preciso sentirse incómodo e incomprendido.

El camino de explorar plásticamente me ha permitido acercarme nuevamente a mi hermano y recrear junto a él las actividades de nuestra infancia. El acto de fotografiarnos se convirtió en la acción que pudimos hacer juntos. Las imágenes que surgen pueden

presentar lo bello que se puede encontrar en la diversidad, como encontrar formas no verbales para comunicarse y lo lúgubre que pueden llegar a ser algunos momentos para quien la sociedad le exige lo imposible, que se comporte de una manera que no es la suya.

Capítulo 1
Cuidado y no cuidado

No cuidado

Cuando era niña mi padre nos abandonó. Volví a verlo en contadas ocasiones, visitas repentinas, efímeras e intermitentes. Lo esperé en silencio. A cada uno de sus regresos me escondí en algún lugar, para no afrontar el miedo de volver a verlo partir.

Un día sería su última visita y no supe de él hasta años después. No quise hablar, pero pienso que ahora le envío un mensaje a través de este trabajo: *La caja, entre las sombras y el silencio*. “Lo escrito es tan solo una botella de naufrago con un mensaje que no llegará nunca a ningún lado. No es un mensaje de auxilio, sino más bien una huella” (Faciolince, 2019, p, 77).

No soy yo, tampoco Tomás. Es el diario de una caja:

Domingo, 13 de febrero de 2022

Cali, 7:25 p.m.

Quiero reconciliarme con mi papá. Es inevitable sentir enojo cuando lo recuerdo como un ser incapaz de criar, de cuidar y no solamente de engendrar.

¿Cómo es capaz un padre de abandonar a sus hijos?

Carta a papá:

A mis 25 años eres un ser desconocido para mí. No sé qué te gusta, qué te divierte, no conozco tu personalidad. Tú tampoco me conoces a mí ni a Tomás. A pesar de todo deseo perdonarte, deshacerme de todo rencor, para dejarte vivir tu vejez completamente en paz y para permitirme a mí ser feliz y libre. Parte de este libro lo escribo para ti, no con el deseo de que lo leas, pues no lo harás, pero sí con el convencimiento de que comprendes bien todo lo que aquí queda por escrito.

Padre

En mi mente vive como una sombra la persona que nunca había considerado que hubiese incidido de manera negativa durante mi proceso de formación y el de mi hermano. Ahora entiendo que este sería el primer sujeto por el que sentiríamos rechazo.

Carta al padre, de Franz Kafka, es una misiva escrita al papá del autor en la que él critica la forma como lo crió y en la cual cuenta varias experiencias de su infancia.

En el texto, el escritor expone la relación que tuvo con su progenitor y explica cómo se sentía vulnerable, inseguro y retraído al lado de un ser fuerte, autoritario y severo. La experiencia de mi hermano y la mía no corresponde a la presencia de un padre así, de hecho, tiene que ver justo con su ausencia. Existen algunos recuerdos de sus visitas poco frecuentes, en ellas era habitual sentirme débil frente a mi padre. Mi relación con él, me recuerda a la que describe Kafka (2021), en *Carta al padre*:

He sido un niño miedoso; sin embargo, también era seguramente testarudo, como son los niños; es probable que también me malcriara mi madre, pero no puedo creer que fuese especialmente indócil, no puedo creer que una palabra amable, un silencioso coger de la mano, una mirada bondadosa, no hubiese conseguido de mí lo que se hubiese querido. Es verdad que tú, en el fondo, eres un hombre blando y bondadoso [...], pero

no todos los niños tienen la constancia y la valentía de escarbar hasta dar con la bondad. Tú sólo puedes tratar a un niño de la manera como estás hecho tú mismo, con fuerza, ruido e iracundia, lo que en este caso te pareció además muy adecuado, porque querías hacer de mí un chico fuerte y valeroso. (p. 43)

La falta de su presencia durante nuestro crecimiento detonó la incertidumbre de no comprender por qué su visita era cada vez menos frecuente o cuál era el motivo de su lejanía. El vacío que generaba su ausencia no era posible llenarlo con todo el cariño que recibíamos del resto de nuestros familiares. Hoy en día recuerdo las veces que llegó a casa. Al principio recibíamos a un padre cálido que nos llamaba con sobrenombres o con diminutivos. No obstante, con el tiempo empezamos a encontrarnos con un ser indiferente, distante y seco. Fue un cambio abrupto y difícil de asimilar para nosotros. Desde ese instante comenzamos a vivir el rechazo, ese mismo que más adelante nos encontraríamos en la sociedad.

En cualquier caso éramos tan dispares y en esa disparidad tan peligrosos el uno para el otro que, si se hubiese podido hacer una especie de cálculo anticipado de cómo yo, el niño de tan lento desarrollo, y tú, el hombre hecho y derecho, íbamos a comportarnos recíprocamente, se habría podido suponer que tú me aplastarías simplemente de un pisotón, que no quedaría nada de mí. (Kafka, 2021, p. 42)

Esta anotación de Kafka es importante para mí, porque marca la disparidad que se puede generar entre una persona y otra. Con disparidad se refiere a las diferencias que se encuentran en medio de características físicas o de comportamiento, por medio de las cuales se pueden hacer clasificaciones entre personas fuertes y débiles, grandes o pequeñas, capaces ante presencias que no cuentan y no tienen valor. Este vínculo dispar lo percibimos mi hermano y yo cuando otras personas lo rechazaron por su discapacidad cognitiva. Ahora bien, la no aceptación de mi hermano, inició con la renuncia de un padre que decide dejar a sus hijos. El progenitor que se aleja de casa y abandona, es aquel que desampara y elige no brindar el tiempo,

la atención y la ayuda que un hijo necesita. El abandono es el inicio de un vínculo marcado por el no cuidado.

Carta para la niña que fui a mis 5 años:

Tus papás se separan, no tengas miedo: junto contigo tienes el tesoro más preciado de tu vida y te lo dieron tus padres: Se llama Tomás.

Tu hermano será tu más grande motivación y algún día comprenderás que tu nacimiento tenía un propósito: *Cuidar a tu hermano como hubieses querido que tu papá cuidara de ti.*

Cuidado

Sobre el abandono de un padre que es incapaz de criar, de cuidar y junto con él las personas que son incapaces de hacer la vida más amable para los demás, se volvió necesario tomar la responsabilidad de pensar la forma en la que yo podía hacer la existencia del otro una experiencia menos hostil, aunque lo que pudiera lograr fuera algo mínimo en medio de un mundo lleno de injusticias.

Ciertamente, organizaciones e instituciones trabajan a nivel internacional para alcanzar una vida más digna para la gente. Sin embargo, cada uno de nosotros puede trabajar en sí mismo para crear un sentimiento de solidaridad y de hermandad que no nos permita hacer sufrir a otros. Luchar, por ejemplo, contra los prejuicios aprendidos en la sociedad, con los cuales podemos juzgar, discriminar y rechazar a otros, todo esto como síntoma de intolerancia, pero también de temor y en defensa de lo que es diferente.

Contrario al texto *Carta al padre*, de Franz Kafka, en el que difiero con la forma de crianza que al padre del autor le pareció la correcta, y en el cual encontré reflexiones sobre términos como disparidad, sensaciones de nulidad y poder, fue preciso leer el libro *El olvido que seremos*, de Héctor Abad Faciolince (2017), en el que da cuenta la relación basada en el amor y la confianza que tuvo con su padre:

Cuando, muchos años más tarde, leí la *Carta al padre* de Kafka, yo pensé que podría escribir esa misma carta, pero al revés, con puros antónimos y situaciones opuestas. Yo no le tenía miedo a mi papá, sino confianza; él no era déspota, sino tolerante conmigo; no me hacía sentir débil, sino fuerte; no me creía tonto, sino brillante. (p. 48)

El olvido que seremos es una novela del escritor colombiano Héctor Abad Faciolince (2017), en la que narra la relación que tuvo con su padre, un docente de medicina, activista por el derecho a la salud. El padre del autor, Héctor Abad Gómez, afirmaba que “mimar a los hijos es el mejor sistema educativo” (p. 46), esto a pesar de que en su infancia no había recibido un trato

amoroso por parte de su progenitor, debido a las ideas machistas de la época las cuales consideraban que a un hombre había que tratarlo de manera tosca, infundiendo respeto a través del miedo. Sin embargo, Abad Gómez decide criar a Faciolince con todo el amor y la paciencia que no había recibido, cortando así la forma tradicional de crianza aprendida:

Entre ellos había un trato distante, como si algo se hubiera roto en el pasado de ambos. Es más, creo que en la forma perfecta como mi papá nos trataba, había una protesta muda por el trato que él había recibido del abuelo, y al mismo tiempo el propósito deliberado de jamás tratar a sus hijos como lo habían tratado a él. (Faciolince, 2017, p. 82)

Además, el trato bondadoso de Abad Gómez no se limitaba hacia su hijo, sino que su respeto y sus actos empáticos se encontraban también en el trato hacia los demás. Así se lo enseñó a Faciolince, haciéndole replantearse todo aquello que se aprende en sociedad y se normaliza como algo bueno. Dirigiéndolo a pensar, por ejemplo, en qué momento incorporamos a la vida la forma como un hombre trata a una mujer, la forma en

que una persona de piel más clara trata a otra de piel oscura, la forma en que se trata a una persona ciega, sorda, un paciente psiquiátrico, un expresidiario, una persona con discapacidad física, cognitiva, entre otras.

Las ideas que reiteraba Héctor Abad Gómez quedaron compiladas en su libro *Manual de tolerancia*, el cual fue publicado tiempo después de su asesinato. En el texto se encuentran temas como el respeto, el reconocimiento del otro como un ser libre, el trato perfecto y la lucha de los derechos humanos. El docente dedicó su vida en búsqueda de un cambio social, trabajando en beneficio de los más necesitados. Abad Gómez (2021) afirmó:

Grupos de hombres y mujeres en universidades, organizaciones, talleres, asociaciones y sindicatos, van sintiendo que pueden ayudar al bienestar de todos los seres humanos, sin distinciones de raza, religión o nacionalidad. Estas personas sienten que tienen una misión que cumplir. (...) Sigue la esperanza de que cada vez sean mayores la igualdad, la justicia, la libertad, el amor entre los hombres. Eso les da significado a sus vidas. (p. 44)

Aquel docente que luchó por la justicia social, fue asesinado con el objetivo de silenciarlo. En cambio, él dejó sembradas sus ideas en nuestra cabeza, a quienes pudieron ser sus alumnos y a quienes lo adoptamos entre sus letras, como figura de padre y maestro. A él quiero agradecerle por enseñarme que:

Personas blancas, negras, amarillas y mestizas se unen para luchar por los derechos individuales y sociales de todos los habitantes de la tierra, sin ninguna excepción. Enfermeras, científicos, poetas, artistas (...) trabajan porque el mundo sea más unido, más justo, más armónico, menos duro. **Trabajan simplemente porque piensan y sienten que sirviendo a los demás obtienen sus más grandes satisfacciones y recompensas.**

(Abad Gómez, 2021, p. 72)

En su afán de servicio y solidaridad, me reconfortó leer a Abad Gómez (2021), no sólo un ser sensible y lleno de esperanza, sino también un médico y académico, cuando dijo que: “los prejuicios son un artificio creado

y adoptado por algunos, que pueden y deben desaparecer con el avance científico, ético y cultural de la humanidad” (p. 84). Y cuando ejemplificó: “Los prejuicios contra determinados colores y contra determinados rasgos físicos no son biológicos sino producto de la mala educación que les damos a nuestros niños. Los pequeños no tendrían ningún prejuicio en contra de la forma, si los adultos no se lo enseñaran” (p. 84).

Tomás

Es curioso encontrar tantas peculiaridades en una persona tan especial como lo es mi hermano. Tomás fue el nombre con el que lo bautizó su familia y Tomatín el sobrenombre que con cariño le designaron, puesto que desde el momento en que nació, hasta su adolescencia, siempre tuvo las mejillas rojas como un tomate. Con su mirada y una gran sonrisa recibe a las personas conocidas que se acercan, pero por su timidez suele permanecer en silencio cuando no reconoce a la gente que lo rodea. Su familia y amigos cercanos saben que más allá del recogimiento que muestra, él es un ser

alegre y tierno al cual le encanta bailar, escuchar música, comer, montar en bicicleta, pintar y observar aquello que encuentra fascinante, como unas “maletas borrachinas” (maletas de rodachines).

Nació el 27 de junio de 1993 en una clínica de Cali. El parto, que al parecer fue normal, inició con retraso debido a que el médico encargado tardó en llegar. Sin importar el tiempo que pase, al preguntarle qué edad tiene te responderá que cuatro o cinco y lo hará en el mismo instante en el que cuenta con los dedos de su mano. Luego, con un gesto de duda, te observará para que asientas o corrijas. En este momento tiene 29 años.

Desde pequeño le fascinó la música. A los siete años ganó un concurso de baile de Café Águila Roja y obtuvo como premio una pelota y un kit de loza. Los guardó y cuidó meticulosamente, hábito que conserva hasta ahora. Por eso es común encontrarse sus juguetes, libros o colores bien organizados. Le gusta coleccionar billeteras y siente un especial afecto por las maletas. En la actualidad puedes encontrarlo viendo televisión junto a su maleta favorita: una tula amarilla. También puedes verlo durmiendo con ella a su lado en su cuarto.

Y si le preguntas que si le gusta la maleta, él responderá: “Un poquito sí, un poquito no, ¿verdad?”.

Para continuar con la presentación de Tomás, quiero dedicarle a él, las palabras que escribió Héctor Abad Faciolince (2019) a su esposa, en su diario *Lo que fue presente*:

Irene: si te dicen que eres callada y fría, diles que no te entienden, que tu silencio está lleno de calor. Si te dicen tonta, diles que tu inteligencia es tan superior que parece diferente y no lo entienden. Pero tú no eres capaz de decir estas cosas, por tu silencio y tu manera de ser inteligente y modesta al mismo tiempo. Irene, sonríe y asiente si te dicen que eres modesta y prudente. (p. 39)

Ante la imposibilidad de pronunciar mi nombre –Victoria– durante sus primeros años de vida, Tomás empezó a llamarme Tola y más adelante Vitola. El primero sería el sobrenombre que adoptaría gran parte de mi familia para llamarme hasta hoy.

A causa de nuestra contemporaneidad, crecimos juntos y creamos un lazo afectivo muy fuerte. A partir de ese afecto que nos unió, se hizo ineludible afligirse o agobiarse si el otro lo hacía. Fue así como la negación y el rechazo de los otros hacia mi hermano pude sentirlos, muchas veces, como si lo hicieran conmigo.

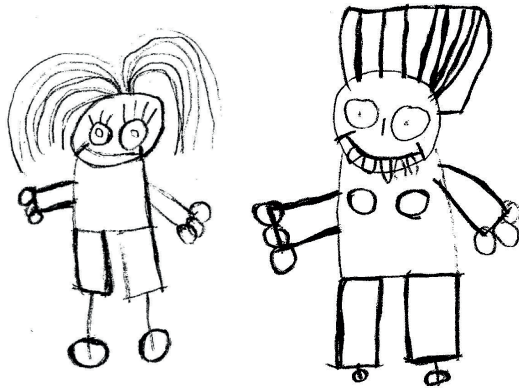


Figura 1. *Hermanos.* Dibujo de Tomás. 2019.

Creer junto a Tomás me hizo ser consciente de la manera en que la sociedad ha construido un canon ideal que determina cuáles deben ser las características, habilidades y comportamientos de una persona. Sin embargo, estas características ideales no pueden ser elegidas: ninguna persona puede seleccionar, por ejemplo, con qué color de ojos o de cabello va a nacer. Son los genes los encargados de proporcionar esta información que al final establece las características. Tampoco nadie opta por nacer con un cromosoma extra o decide que le falte oxígeno en el cerebro al venir al mundo. No obstante, a pesar de que esto es algo que no puede preverse, de manera inconsciente se tiende a marginar a quienes no conservan la pureza genética.

Es así como se establecen unos estereotipos con base en la apariencia y el comportamiento. De lo anterior surge que nosotros normalicemos vivir en una sociedad que nos enseña a señalar, etiquetar y clasificar al otro. Se define estereotipo como “imagen o idea aceptada comúnmente por un grupo o sociedad con carácter inmutable” (Real Academia Española, 2022). Es decir, asumimos ver la vida desde un punto muy cerrado, como lo aprendimos en sociedad. De esta manera,

consideramos ciertas formas perfectas y proporcionadas. Exaltamos una belleza objetiva basada en unos cánones. Aun así mi mirada se fijó en Tomás, alguien que para otros podría ser simplemente ordinario, de acuerdo a ese pensamiento que se ha infundido.

La niñez fue la época en la que más pude acercarme a mi hermano y de la cual me fui alejando a medida que fue pasando el tiempo. No obstante, alejarse no significó en algún momento una pérdida de interés. Al contrario, cada día él me enseñaba que la diversidad no es un motivo para excluir o discriminar, sino que se puede encontrar riqueza al acercarse a otro ser y observar su particular forma de ver el mundo y de vivir la realidad. Es como si algunas personas lograran escapar del adoctrinamiento de la sociedad y pudieran vivir despreocupadas de las expectativas de los demás. Como quien tiene la inocencia de no conocer ninguna regla y vive respondiendo a motivaciones íntimas, mas no fingidas o forzadas. Aun cuando pueda haber un desconocimiento sobre normativas, estereotipos o cánones ideales, aquello no implica que no sientan las actitudes de rechazo, exclusión o discriminación por parte del otro.

El desconocimiento que tiene la sociedad sobre lo que es una discapacidad cognitiva lleva a la mayoría de personas a tener unas actitudes basadas en la indiferencia y la discriminación. Se burlan, insultan y hacen sentir al otro incómodo, incomprendido o desubicado. Solo quienes han tenido la oportunidad de conocer, compartir y relacionarse con, aunque sea, una persona con discapacidad, logran con más facilidad ser esa persona que brinda el cariño, el acogimiento y la compañía que todo ser sensible necesita. En mi vida esa persona es mi hermano. Junto con él llegó la oportunidad de compartir y conocer algunas personas con capacidades diferentes. Ocurrió en las instituciones a las que asistió mi hermano en el pasado y sucedió en la que luego busqué para poder sentir que estaba más cerca de él.

Fedar

Uno de los lugares más importantes para educar pensando en la diversidad y para reflexionar sobre la pluralidad, es la escuela. A pesar de ello, la misma está regida por un sistema de educación diseñado para perpetuar una cultura única. Por este motivo, en la

ciudad de Popayán, nació Fedar, un grupo de personas organizadas para trabajar de manera interdisciplinaria, que se cuestionaron y pensaron otras maneras de generar conocimiento que rondan a través de la práctica creativa.

Como estudiante de Artes Plásticas y junto a mi compañera Dayerly Díaz Gómez, en el marco de las asignaturas Gestión Cultural y Taller itinerante, desarrollamos un proyecto de creación a realizar en Fedar, pensando en la práctica del dibujo como un medio con el cual nos podemos conectar con nosotros mismos y con los demás, de forma no lingüística. El trabajo, sería entonces, un conjunto de sensaciones, que les permitiría a los participantes preguntarse sobre sí mismos y el lugar que habitan (Figura 2). Éste ejercicio sería útil para las personas que se les dificulta expresarse por medio verbal.

Como resultado se obtuvo un libro de dibujos, producto de estos talleres. Los talleres se desarrollaron en la Granja Fedar, en los cuales nos convocamos a dibujar pensando sobre consignas como: ¿Quién soy? O ¿Qué es lo que más me gusta hacer en Fedar?



Figura 2. *Chiva*. Dibujo de integrante de Fedar. 2019.

Los resultados no estaban incididos por la ansiedad de cumplir unas expectativas formales o académicas y en ellos encontramos un potencial creativo lleno de fuerza y gestualidad (Figura 3). Finalmente, *A de Árbol*, fue el resultado de encontrar y de habitar la granja Fedar, un proyecto realizado en conjunto con integrantes de la fundación. Allí se planteó la actividad artística como un medio de expresión diferente al verbal. Nos reunimos en torno a la práctica del dibujo, dando prioridad a la intuición y la espontaneidad.

Cuento y noticia

Mi búsqueda se extendió a través de los medios de comunicación, en donde encontré a Noelia, la primera maestra con síndrome de Down que acaparó los titulares de las noticias en Argentina, o a Diana Molano, autora de *Anochecer*, el primer libro de una escritora con el mismo trastorno. Tristemente, también encontré historias como la de Albeiro Ruiz, un santandereano con síndrome de Down quien fue atacado por tres sujetos que lo golpearon hasta quitarle la vida dentro de su casa. Entre tanto, en la literatura me topé con el cuento de Harold Kremer, quien narra la historia de un joven con el mismo síndrome que fue secuestrado y vestido como guerrillero para luego ser asesinado.

La primera y única vez que logré leer *Patíbulo* tenía 17 años. Lo hice pausadamente, con intervalos de tiempo en los que me senté a respirar para calmar mi llanto. Lloré desde sus primeras líneas cuando el autor describió cómo aquel joven contaba con dificultad los números. Para mí, era como estar leyendo a mi hermano:

Entonces te voltearas y, como si fuera la primera vez que los ves, te darás cuenta de que son cinco porque te pusiste a contarlos con los dedos de la mano. Recordarás que alguien, alguna vez, te enseñó que la mano tiene cinco dedos. “Cinco... yo... seis...”, te dirás, sonriendo, agregándole un dedo a la mano, esperando quizá que alguien te premie. También recordarás que siempre alguien te daba algo: una manzana, un banano, una naranja [...]. Cuando no había nada de comer te daban un abrazo, alguien se alegraba porque lograste sumar, y te hacían poner de pie y te aplaudían. (Kremer, 2011, p. 74)

Las personas que he conocido, los cuentos que he leído, las películas que he visto y las noticias que publican en los medios me han servido para sentir cada día un poco más de empatía por el otro. Es por este motivo que surgió en mí el interés de crear imágenes con el archivo de estas vivencias. Quiero mostrarles a los demás algo que tal vez desconocen y que sientan curiosidad por investigar o acercarse de una manera positiva a una persona con discapacidad. En este sentido, para mí fue fundamental crear un archivo pensando en la persona

con la que más empatía tenía: mi hermano.

Durante el ejercicio de crear el archivo necesité escudriñar en la memoria. Al principio, aparecían con facilidad aquellos instantes que, si pudiéramos catalogar como estados de ánimo, se encuentran en el grupo de los momentos alegres. No obstante, en medio de esa búsqueda juiciosa de recuerdos, empezaron a surgir aquellos que parecían estar destinados al olvido.

La experiencia íntima de volver a aquello que no deseaba confrontar me exigió un gran esfuerzo y requirió de un trabajo constante. Me rehusaba a sumergirme en eso que me causaba incomodidad, es decir, en los recuerdos que me traían nostalgia. Pronto accedí a seguir indagando, pero me encontré con que el tedio era cada vez mayor. Era como si el cuerpo se involucrara en un halo de irritación, cansancio, desconcierto y confusión. A pesar de eso, es justo ahí, en el momento en que uno cree que no puede resistir más, cuando aparece el valor. Ahora bien, no se trata de silenciar u ocultar ciertos acontecimientos, sino de poder dialogar con ellos.

En medio de este proceso de rememoración y de preguntarme cuáles han sido las experiencias que me han formado durante el tiempo y cuáles son las que me han generado incomodidad, encontré que durante mi infancia había vivido instantes llenos de bienestar, alegría y ventura. Y los viví justo con la misma persona con la que viví experiencias llenas de tristeza: mi hermano, Tomás.

El rechazo, la burla, los comentarios grotescos, las bromas y las acciones que atentaban contra su integridad física y emocional son un ruidoso recuerdo que está almacenado en mi memoria. La apatía e indolencia de los demás los llevaba a vulnerar sus derechos y lo condenaban al silencio. Él no podía expresar con libertad sus emociones, inquietudes y sentimientos. Lo aislaban sin reconocerlo como alguien que puede comunicarse y ser escuchado.

Por otra parte, todas las personas que conocimos no participaron de forma activa en este acto apático. No lo hicieron de manera tan expresiva, pero lo hicieron ausentándose. “Es una de las paradojas más tristes de mi vida: casi todo lo que he escrito lo he escrito para alguien que no puede leerme, y este mismo libro no es

otra cosa que la carta a una sombra” (Faciolince, 2017, p. 42).

Más aún cuando se sienta tristeza por coincidir con personas que no sientan solidaridad por los tristes, tolerancia ante los demás, respeto por el pensamiento de los otros o, de igual forma, cuando uno mismo no logre ser aquel que pueda dar un trato perfecto a otro ser vivo, existe la certeza de que todo no está perdido mientras cada día uno trabaje en encontrar la satisfacción de cuidar, de servir, aunque no se pueda cuidar a muchos sino a unos pocos.

No soy yo, tampoco Tomás. Es el diario de una caja:

Lunes, 16 de mayo de 2022

Cali, 5:32 p.m

El oficio de ser cajera, me pareció un impedimento para lograr avanzar en mi proyecto de investigación-creación. Con todo, en algún momento no pude discernir entre lo

que me planteaba en mi investigación con lo que sucedía en mi vida fuera de la académica o familiar.

Ahora mi vida laboral, la estaba atravesando por mi investigación. Allí, tras una caja registradora me sentí tan convencida como de niña, que las burlas, los insultos, las risitas irónicas, se habían convertido en la misma forma violenta de relacionarnos al convertirnos en adultos, salvo que esta vez muchos más amargados. Aquella noche trabajando en el cierre de la tienda, no logré establecer una comunicación con un cliente, y ante su incapacidad de solucionar nuestro problema de mensaje entre emisor y receptor de forma asertiva, a él le pareció tener derecho de gritarme hasta lastimar sus cuerdas vocales. Lloré mientras terminé de atenderlo y lloré toda la semana sintiéndome ultrajada y humillada.

Jueves, 25 de agosto de 2022
Popayán, 10:47 p.m.

Durante esta tarde, en la biblioteca, estudié junto a un joven obsesionado por las matemáticas. Eventualmente me detuve para observarlo. Me llamó la atención su disciplina y la rigurosidad en que se disponía a resolver sus ecuaciones. Algunas veces lo desconcentré para mostrarle partes de mi libro de fotografía, él me miraba y asentía. Así mismo él me habló de problemas matemáticos, como aquel error del libro que afirmaba que $a \cdot 0 = 1$, pero la respuesta correcta es que $a \cdot 0 = 0$. Un ejercicio que a simple vista parece sencillo a mí me nubló la vista con tantos números y letras dispuestas simétricamente en la página.

Lo miré tratando de comprender para qué serviría en la vida aprenderse tantas fórmulas matemáticas. Luego me alegré con su presencia y presentí que él pensaría lo mismo de mis libros y de mí. Como en un trato que

nunca se realizó, ninguno hizo una pregunta incómoda al otro. Nos acompañamos agradablemente en una jornada de estudio.

Al final, junto a un desconocido, me sentí cuidada y cuidadora. Él me cuidó con su prudencia haciendo de mí una presencia cómoda. Pude reconocer que como en otras ocasiones me sentí triste o enojada producto de unas relaciones basadas en un trato hostil, ésta vez tuve la serenidad de hallarme resguardada con alguien con quien no compartía ningún lazo afectivo. Pude creer que podía encontrar a Tomás en otras personas, espacios o lugares. Por un instante sentí sosiego, como el de un pesimista al que le sucede aquello que creyó imposible: si se puede establecer en la sociedad la costumbre de un trato perfecto.

Tomas y yo: nos cuidamos juntos
Él me cuida a mí y yo lo cuido a él

Durante mi infancia cuando otros niños atentaban contra la salud física y mental de mi hermano, asumí el compromiso de cuidarlo. Cuidar a otro ser vivo implicaba protegerlo para evitar que él sufriera. A mis 6 años, no tenía la fuerza suficiente para prevenir que otros niños más grandes que nosotros le agredieran. Por ende, lo que podía hacer era resguardarlo u esconderlo en un espacio seguro. Ciertamente, no sabía cómo protegerlo y tenía miedo, junto con él, de las personas que intentaban atacar.

A partir de entonces las zonas comunes representaron para nosotros un peligro y en la tarea de escondernos encontramos otros espacios para jugar. En consecuencia de nuestro aislamiento, pude comprender que no era solo yo, una hermana cuidando a su hermano, sino que también él me cuidaba a mí. El vínculo que establecí con Tomás, lo reconozco a través de la acción por medio de la cual puedo cuidar y permitirme ser cuidada. Fue él quien me enseñó el valor de servir y dar tiempo a otro sin esperar ni exigir nada a cambio, ponerse al

servicio de alguien por vocación y de forma desinteresada. Mi hermano, sin decirlo, cada día me enseña el trabajo por el cuidado del otro, otro que puede ser la relación entre humano-humano, humano-animal, humano-naturaleza, humano-objeto o humano-espacio. Por consiguiente, confieso, espero que un día el hábito de cuidar se convierta en una costumbre para mí y para los otros.

Capítulo 2

Caja

Vientre, casa, habitación, armario y cajón

Tibio, seguro y cerrado fue el primer espacio al que pertenecemos mi hermano y yo. Al ser lanzados fuera perdimos la protección de aquel lugar que fue nuestro inicial refugio: el vientre de mi madre, un nido compuesto por tripas, vísceras y sangre. Así como nos enraizamos a nuestra primera morada y gritamos de angustia cuando a alguien se le ocurrió cortar el último hilo que nos unía a ella, el cordón umbilical, también nos tranquilizamos cuando nos envolvió el calor de nuestro próximo albergue. Esta vez, la maternidad de la casa, nos envolvió a ambos juntos y no a cada uno de nosotros por separado. Primero, dentro del vientre. Luego, dentro de casa. El encierro fue entonces protección. Cada espacio -vientre y casa- se volvió refugio, protección y bienestar. Fue así como habitar el encierro nos permitió estar y vivir tranquilos. Desde allí, nació el deseo de pertenecer a aquel lugar que nos recogería y nos envolvería con su maternidad.

Espacio de dentro y de afuera

Recuerdo aquel día que quisimos pasar de habitar, cómodamente, el espacio de dentro y salir a vivir experiencias en el exterior. Una vez afuera nos encontramos desprotegidos. Yo jugaba con otras niñas, mi hermano buscó a los niños. Después de un rato vi llegar a Tomás mojado y triste. Esos niños lo habían invitado a jugar, mi hermano los siguió, cuando ya lo habían llevado lejos le tiraron baldes de agua al mismo tiempo que se rieron y se burlaron de él. Esa fue una de las tantas experiencias violentas contra mi hermano. Un día tomé la determinación de enfrentar a aquellos que les producía placer provocarle daño a mi hermano, un niño con discapacidad cognitiva.

Yo, una niña tímida, flaca y temerosa, los busqué para interrogarlos. Tenía rabia, sentía impotencia y quería respuestas. Ante mis incógnitas el más grande de ellos se quitó un zapato y me rodeó, con toda la seguridad de que bastaría un empujón por parte de él para tumbarme al piso. Mirándome, desde arriba, con el gesto de una sonrisa dibujada en su rostro, me rozó con aquel objeto,

previniendo que en cualquier momento me atacaría, primero él, seguidamente su grupo. Le sostuve la mirada e imaginé el horror que podían hacer sentir a Tomás, cuando se lo llevaban lejos de la vista de los demás. Inocentemente miré a los niños que estaban a mi alrededor, los que correspondían a mi grupo de amigos, creyendo que alguno se pararía a mi lado como un gesto de su amistad. La búsqueda fue en vano, todos bajaron la mirada. Por el contrario, a mi lado permaneció firme, y para siempre, mi hermano, enseñándome el verdadero significado de la palabra lealtad. De todas maneras, con el regocijo de tener a mi lado la persona correcta, sabía que nosotros dos, así fuera juntos, no estaríamos seguros. Necesitaba encontrar la forma de cuidarlo.

Así como en un ejercicio cíclico, mi hermano y yo volvimos al momento en el cual la vida había tenido un buen inicio: depositándonos en un encierro que nos protegía de todo lo que fuera de él no nos permitía estar en paz. La intimidad que se creó con aquel espacio nació de su cualidad de ser protector y cuidador. Esta cercanía se fortaleció desde nuestra primera experiencia cuando alguien, en contra de nuestra voluntad, cortó el cordón umbilical y de la segunda, cuando nos lanzamos voluntariamente al afuera, salvo que esta vez teníamos

teníamos la oportunidad de regresar y encontrarnos nuevamente en su seno. El hilo que nos unía a nuestro refugio nos envolvía y nos invitaba a volver. Nos mostró el camino de regreso y, como una telaraña, su tejido se fue abriendo para nosotros en dirección a iluminarnos con otros espacios dentro del encierro que resultarían reconfortantes para nosotros.

No sé si volver representó una huida o un escape, pero como un ermitaño que se aferra a su refugio, mi hermano y yo terminamos aferrados a todo aquello que para nosotros pudiera llamarse en palabras como: casa, cuarto, choza, cabaña, albergue, morada o nicho. Lo cierto es que la relación que establecimos con el adentro terminó permeándonos de por vida.

Clasificación de estructuras

Nos escondimos en la casa. Aquella estructura materna se volvió cómplice y amiga, allí fue habitual esconder y esconderse. Como en un juego poco a poco advertimos otros espacios escondrijos en su interior puesto que aquel contenedor grande que nos cuidaba era también el

espacio que cubría a otros y éstos a su vez guardaban en su interior objetos contenedores. Tal como una matrioska o muñeca rusa que se abre y alberga otra en su interior, la casa guardaba una habitación, la habitación el armario, éste un cajón, el último un cofrecillo, así sucesivamente, entre muebles, estantes, escritorios, rincones y demás.

Claramente una casa, un armario o un cajón, contruidos con el objetivo de cuidar, no serían en su totalidad seguros si algo del exterior se atreviera a entrar. Las estructuras mismas se conectaban con el afuera por medio de una ventana, una puerta, un pestillo, un pomo o una cerradura. En palabras de Gastón Bachelard (1965):

Los muebles complejos realizados por el obrero son un testimonio bien sensible de una necesidad de secretos, de una inteligencia del escondite. No se trata simplemente de guardar de veras un bien. No hay cerradura que pueda resistir a la violencia total. Toda cerradura es una llamada al ladrón. (p. 86)

Sucedió una vez cuando mi papá nos visitó. Mi hermano y yo nos escondimos debajo de la cama para evitarlo, así descubrimos un nuevo refugio. Escondida en aquel espacio lo escuché caminar por toda la casa, sentí su presencia que tanto había añorado y reconocí la voz de un padre que sí tenía pero había tomado la decisión de dejarnos. Él jugó a buscarnos a pesar de saber dónde estábamos, en un momento se agachó ante nosotros y frente a nuestra quietud, respetó nuestro aislamiento, se levantó fingiendo no habernos encontrado. Supe que ya se había ido cuando no escuché más su voz, ni su risa y lo confirmé cuando escuché el motor de su moto prenderse para alejarse. Lloré deseando haber corrido a sus brazos, como lo habíamos hecho mi hermano y yo celebrando cada una de sus llegadas, queriendo que en esa ocasión me cargara, me sujetara y no me soltara nunca más. Sabía que su visita duraría un par de minutos y con certeza sabía que la próxima visita sería muchos meses después.

En nuestra adolescencia, durante una reunión familiar, a Tomás le pareció escuchar el pito de la moto de mi papá y corrió gritando por toda la casa anunciando su llegada.

Salí apresurada con la esperanza de verlo, debí intuir, él no había llegado como no lo había hecho en años. Esta vez no tuve la cordura que conservaba de niña y lloré descontroladamente frente a un tumulto de gente. Hubiese querido esconderme debajo de la cama, como cuando era niña, y esperar que ese espacio me cuidara hasta que todos esos seres ajenos dejarán de invadir nuestro espacio.

El espacio debajo de la cama fue un lugar seguro en mi niñez, un espacio de intimidad que servía como escondite o como encierro. Ahora bien, como si las estructuras estuviesen clasificadas, tal como los cajones que sirven para separar por categorías lo que en cada uno debe archivar y conservarse, aquel sitio no correspondía a un aislamiento de juego o travesura genuinamente feliz. Este inició con la intención de evitar a papá cuando él entraba a nuestra casa y continuó en ocasiones cuando nos enojamos con mamá y deseamos desconectarnos de ella buscando o deseando una figura diferente a la materna. Debajo de la cama, fue entonces, una estructura paterna. Como en una analogía, este objeto contenedor paterno estaba relacionado con el no cuidado, acudir a ella era la consecuencia de sentirse abandonado, ignorado o rechazado. Allí nos reunimos

entre la tristeza, el enojo o la nostalgia.

Por otra parte, construimos una estructura, esta vez clasificada en un espacio que se abrió a nosotros, y que no se abrió para cualquiera, en el que el escondite fue un juego feliz (Figura 4). Una casa hecha de sábanas que parecía tan frágil y tan endeble, se mostró tan fuerte como un cubo ensamblado. Unas sábanas o unas cortinas de velo nos encerraron con un poder casi mágico, allí nos sentimos seguros y nos entretuvimos creando figuras de sombras con la ayuda de la oscuridad y la tenue iluminación de una linterna. Susurrar 1,2,3 por Tomás, reír juntos y competir por quién tenía la mejor habilidad de ocultarse. En medio de ello fuimos encontrando otros espacios seguros, tales como: dentro de un armario, el encierro de un cajón, entrar entre los cubículos de un estante o simplemente taparse la cabeza con un trapo o una caja de cartón.

Dos niños entregaron su confianza al adentro, al revés, los adultos prevenían. “Lo mismo que un alma que no se confía, la llave no está en la puerta.” (Bachelard, 1965, p. 84). Como en una escena de horror mi hermano provocó, sin intención, un instante de pánico. Dentro de la casa y en el interior de una habitación había una parte



Figura 4. *Cortinas de velo.* Fotografía. 2020.

de la arquitectura que lo conectaba con el afuera. En un piso alto, desde nuestro apartamento, Tomás se sentía cómodo sentándose en la ventana. Impasible y sereno, se quedaba justo en el borde, colgando y jugando con sus piernas en el aire. Sigilosamente, anticipando cada paso, alguien entraba y lo tomaba cuidadosamente

por la espalda para traerlo de vuelta a las entrañas de la casa. Curiosamente allí desde el encierro, en un acto que podía llegar a ser fatal, mi hermano se sentía seguro. Era como si depositara una confianza total en que su refugio lo respaldaba. Los adultos, en cambio, no tenían la misma complicidad con aquella estructura cuidadora y protectora. Aun ante la incredulidad de los mayores, la casa cuidó a Tomás las muchas veces que él se subió, jugando a oscilar y equilibrarse por tal abertura en la pared donde podía dedicar su tiempo a mirar el afuera.

El Rincón

Huir del exterior y esconderse en una estructura contenedora era una negación de ser parte del afuera, pero la vida misma nos exigía a ambos movimiento. Fuimos juntos a la escuela, preescolar nos permitió seguir unidos, pero mi hermano no cumplió con los objetivos trazados por la institución educativa y durante el siguiente año, en transición, nos separaron. De vez en cuando Tomás llegaba a mi salón de clases para buscarme, anhelaba quedarme junto a él, pero su maestra dulcemente se lo llevaba, ella nos trataba

condescendientemente como si supiera que estábamos sufriendo. Mi maestra, muy al contrario, era tosca, fría y autoritaria, le tenía miedo pero me reconfortaba saber que dictaba mi curso y no el de mi hermano. Al terminar esta etapa tuve que asistir sola a un establecimiento para recibir la educación primaria. Recuerdo el primer día de clases como uno de los más tristes: era mi primera mañana separada de mi hermano, esta vez no por unas paredes sino por kilómetros de distancia, me sentía abandonada en una institución que más que educativa parecía un reclusorio. Deseé desde su entrada la pronta salida.

La escuela se convirtió en ese lugar donde observaba en silencio cómo mis compañeros gozaban de hacerle daño a otros y en el cual no me sentía cómoda al lado de ninguno. Pude ser testigo de sucesos como cuando algunos niños encerraban a otros en el baño, alumnos de grados superiores atracaban a menores, sucesos entre golpes, riñas, peleas y armas cortopunzantes. En el transcurso de mi año de ingreso obtuve uno de los peores rendimientos académicos, en atención a lo cual, la directora me ubicó en el escritorio de una niña prestigiosa por buena alumna. En clase de grafomotricidad yo no lograba hacer la plana de los

los círculos en cursiva, así que observé a mi compañera y noté que dibujaba cada círculo levantando el lápiz del papel, su ejercicio era un engaño pero como el resultado era limpio copié su idea y mejoré fraudulentamente mi plana. La niña, tras darse cuenta, me gritó que era una “arremedona” y una “sapa”. Ahora le agradezco, pues arranqué la hoja y dibujé una plana horrible pero honesta.

El recuerdo de la escuela que llega con más fuerza a mi memoria es el del día en que vi a mi papá parado en la reja del colegio. Fue un instante casi fugaz en el que pude vivir la visita de un padre afectuoso y cariñoso que llevaba un dulce para su hija. Lo esperé todos los días parada en la misma reja. Así mismo, mi hermano me esperó cada día en la ventana para recibirme con la alegría y el regocijo que no había encontrado en la escuela.

Al no poder evadir el exterior, me incliné hacia el interior igual que un sujeto introvertido. Ocultando e invisibilizándome en el espacio de un rincón, no por ser arrinconada sino por elegir aquel lugar reducido en el que podía acurrucarme en paz. En términos de espacio, cualquier recoveco o esquina que encontraba en el

el colegio era el hilo que me conectaba con mi estructura contenedora y cuidadora. Así definió Bachelard (1965) el rincón: “El rincón es un refugio que nos asegura un primer valor del ser: la inmovilidad. Es el local seguro, el local próximo de mi inmovilidad. El rincón es una especie de semicaja, mitad muros, mitad puerta” (p. 128).

Explorar un rincón era volver a una estructura. Esconderme en él, pasar tiempo en silencio, me hacía volver a mí misma. Muchos años después comprendí que lo que yo era en el rincón, es lo que era al lado de mi hermano. Con el paso del tiempo los dos continuamos con el hábito de escondernos, por movimientos de la vida, tuvimos que adoptar individualmente estos nuevos espacios. Escondernos debajo de la cama, dentro de un armario, en una casa de sábanas, sentarse en la ventana o en el rincón de la escuela, parecía un entretenimiento infantil, no se esperaba que el juego de esconderse se extendiera hasta nuestra adultez. Así fue, el juego del escondite nos encontró en instantes en los que la vida nos exigía madurez. Esta vez los refugios no serían los mismos espacios que utilizamos durante la infancia, los fuimos

encontrando a medida que nos relacionamos con los rincones. Tomás continuó en casa, dentro de ella. Al presente, en el encierro de una habitación, se siente tranquilo hablando solo, organizando su maleta, como si esta fuese un mueble de recuerdos, donde guarda uno a uno los objetos que con más afecto conserva.

Subir peldaño por peldaño me llevó al último piso de la biblioteca, un sitio aislado y solitario al que acudía constantemente para sentirme serena. Además, en medio de la nostalgia por alojarme en una ciudad nueva, fueron apareciendo, una a una múltiples estructuras: el escritorio del segundo piso de la Facultad de Artes, pegado a la pared y ubicado en una esquina, la mesa redonda del Banco de la República situada dentro de un pequeño salón abierto, el salón de estudiantes con su imperceptible puerta ubicada al final de un pasillo en un patio vacío, la pequeña silla dejada en el rincón de la terraza de Casa Azul.

Al escribir, siento que transito por los espacios que un día habité con Tomás. Un rincón, una esquina, un escondite y una estructura, se vuelven en el punto o coordenadas exactas para jugar a encontrarme.

¿Por qué me escondía en el pasado y por qué me escondo ahora? Esa yo del pasado dirigió su camino entre escondrijos y esa yo del ahora vuelve al lugar testigo a preguntarse por qué lo sigue haciendo. Como recorriendo un mapa, acudo nuevamente a cada situación recordada.

Diorama

Una niña que creció ocultándose entre estructuras contenedoras y la joven que continuó estrechándose entre rincones, tomó la forma de esos escondites para trasladarlos a su proceso creativo. El juego del escondite se seguía descifrando del mismo modo que en el juego de la matrioska. Un hilo que tuvo inicio en el vientre y continuó en la casa, la habitación, el armario, el estante y el cajón, se tuvo que desenmarañar para poner en claro la caja.

Sin ser consciente de lo anterior y solo hasta que llegué a la academia, pude sentir el afecto que tenía con la última de las estructuras: las cajas. En un proceso de estudio lento, que comencé durante los talleres

optativos y continuó a lo largo de la carrera, dediqué tiempo a construir mapas conceptuales, escribir en un diario o redactar cartas como metodología de investigación (Figura 5, 6 y 7). Fue entre la lectura meticulosa de cada uno de mis apuntes, advirtiendo en medio de líneas, puntos y palabras, el día que me sucedió el flashback que me mostraría el hilo unido a la caja, conectado a todo lo que me llevaba hasta el vientre de mi madre.

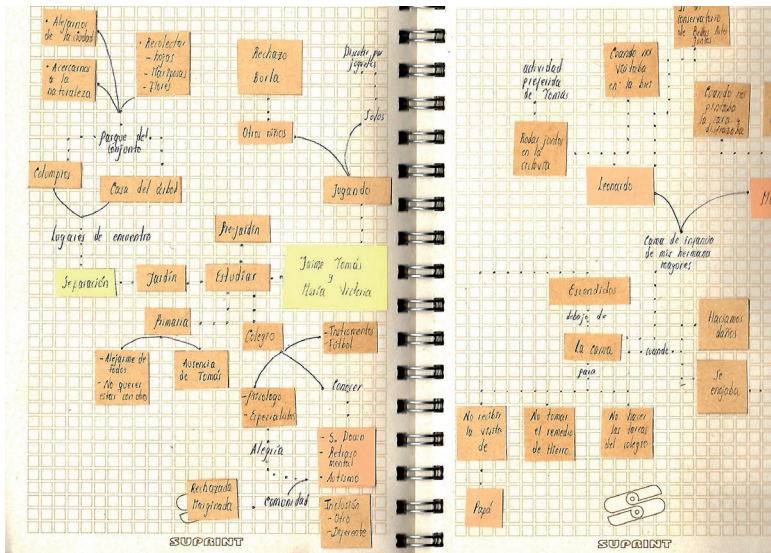


Figura 5. Mapa conceptual. Digitalización. 2019.

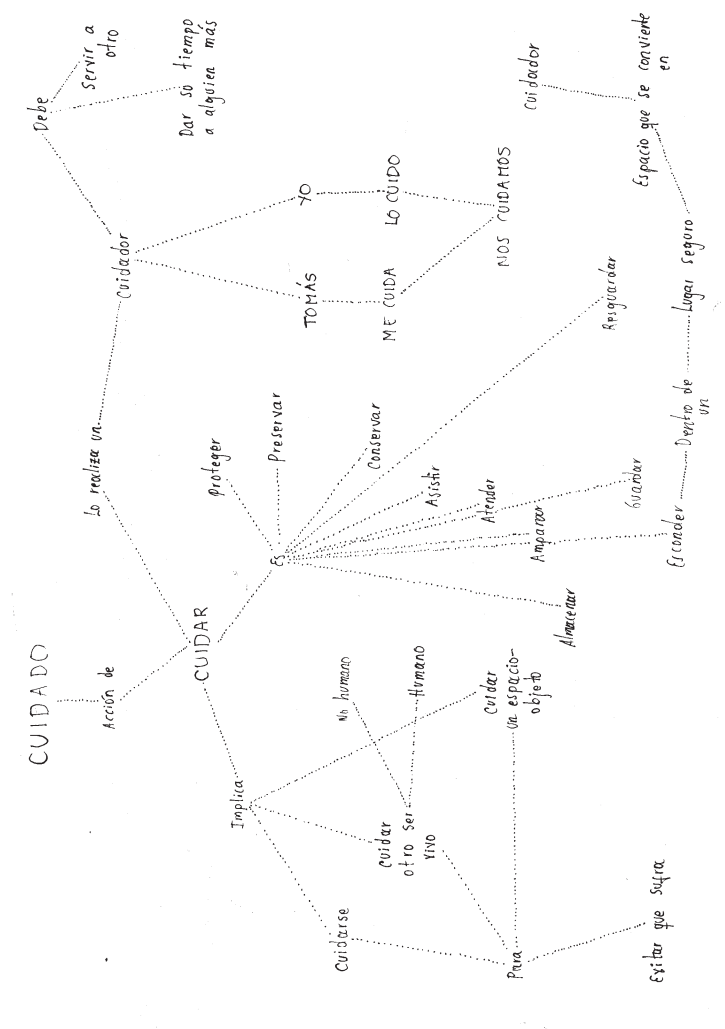


Figura 6. Mapa conceptual. Digitalización. 2020.

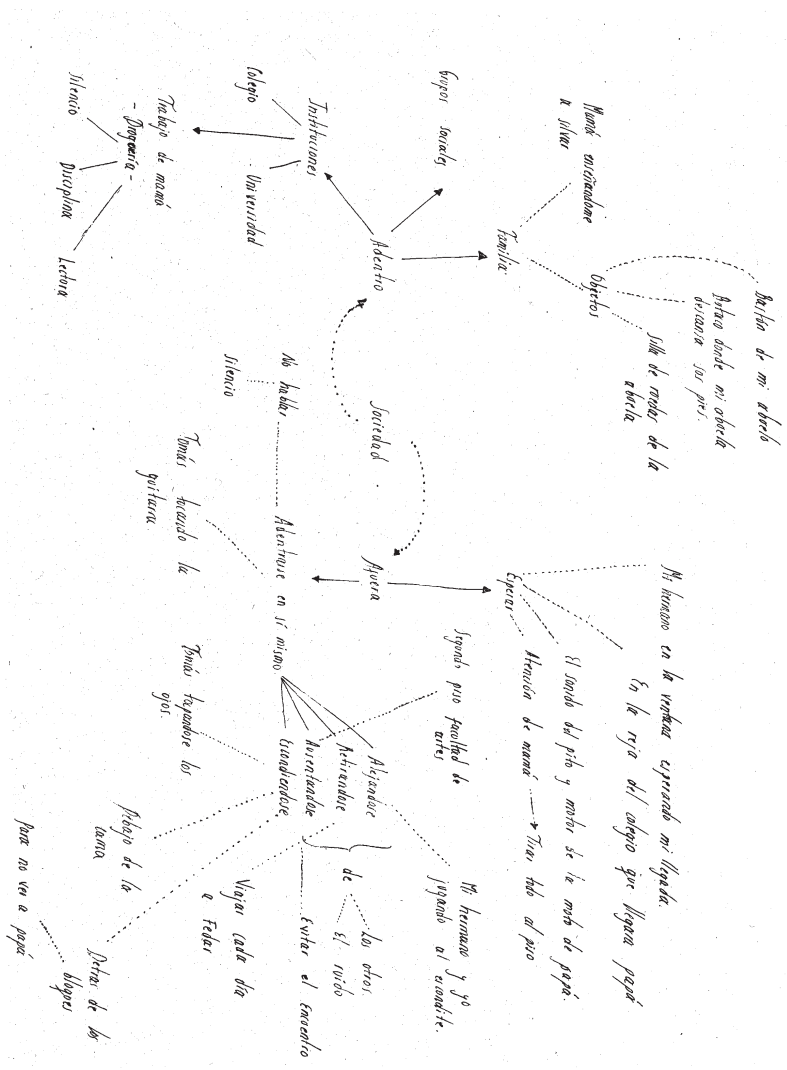


Figura 7. Mapa conceptual. Digitalización. 2020.

La acción de esconderme con mi hermano dentro de la casa, con el objetivo de cuidarlo, la había interiorizado. Nuestro juego constante de habitar escondrijos, lo había normalizado. Alejarse de todos y refugiarse en algún rincón, no era algo extraño para mí. La renuncia de mi hermano y mía hacia el afuera, no la veía. El no ser consciente de nuestros actos radicaba en el no querer recordar los episodios violentos hacia Tomás. Había tomado la decisión de olvidarlo todo y de restablecer una vida en la que habitar espacios escondrijos era algo usual o habitual.

Sin prevenir lo anterior, el afecto que me une a las cajas empezó a mostrarme parte de mi proceso creativo. Al igual que un mueble sirve para guardar y clasificar, en mi cotidianidad utilizo las cajas para recolectar y cuidar en ellas lo que considero importante. Se convierten en un contenedor de recuerdos, historias, emociones y personas. En su interior ordeno, organizo, separo, conservo. Dentro de una caja, por ejemplo, están los dibujos que otras personas hicieron para mí, dentro de otra las cartas y escritos, la siguiente contiene fotografías del álbum familiar, así sucesivamente (Figura 8). Las cajas que guardo con gran cuidado, cuidan aquello que representa para mí algo íntimo.

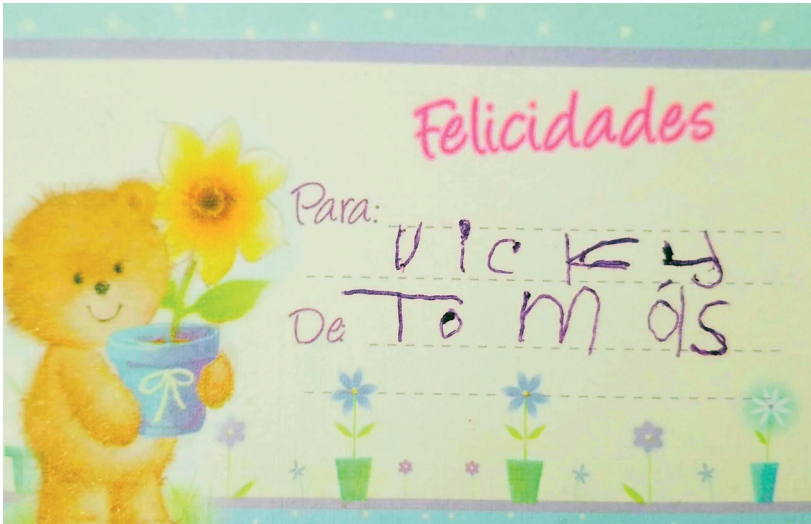


Figura 8. Tarjeta. Digitalización.

La caja que representa para mí ese elemento que me ayuda a preservar, conservar y proteger, con todo el cuidado y la generosidad, lo que para mí tiene un gran valor emocional y afectivo, se convirtió en el primer hacer formal de mi trabajo. Más adelante entendería cómo la caja me llevaría a las demás estructuras contenedoras cuidadoras y protectoras. La caja, fue el primer espacio escondrijo que utilicé en el acto creativo para cuidar los recuerdos que viví en la infancia junto a mi hermano.

Mis trabajos partieron del álbum familiar, de la memoria, de la experiencia de crecer y ser junto a Tomás. Con ellos realicé un trabajo que se sintetizó en la realización de dioramas, en los cuales utilicé medios como el dibujo, el recorte de papel, el video y el sonido.

Así como una caja cerrada que no planea abrirse, no fue fácil tomar la decisión de trabajar junto a mi hermano. En los talleres optativos era necesario elegir un tema de investigación. A partir de allí abordé argumentos que no me interesaban lo suficiente, por lo tanto fracasé. Me sentí un ser inerte sin afectos. Creía no tener conexión con nada y me preocupaba escuchar a mis compañeros hablar emocionados sobre diferentes intereses, como el paisaje o sus mascotas. A mí se me hizo mucho más fácil aconsejarlos a ellos que mirarme a mí misma y exactamente así surgió el comienzo de una etapa en mi investigación.

En una conversación con un compañero, notó que hablaba mucho de Tomás y me sugirió trabajar con él. Mi respuesta fue negativa, no consideraba la idea de exponer a mi hermano y su intimidad. Durante un tiempo seguí vagando entre algunos temas, hasta que

un día, por impulso, decidí trabajar sobre la relación con mi hermano, que aunque no sabía el por qué, tenía la certeza de su cercanía.

Con incertidumbre emprendí el camino de un trabajo que poco a poco se fue transformando. Entre dudas, comencé a dibujar con Tomás (Figura 9). Recreaba espacios de juegos y entretenimientos de nuestra infancia para guardarlos en una caja. Mi intuición me decía que algo no estaba bien y solo lo comprendí hasta que un artista me comentó lo maquillado que se podía ver mi trabajo. Hasta que realicé ejercicios de introspección empecé a notar detalles de mi vida de los que no era consciente, procrastiné y huí para no confrontar aquello que me dolía. Entré en un periodo de tristeza, al pasar un lapso de tiempo, retomé mi trabajo, de una manera más tranquila pero un poco menos inconsciente.

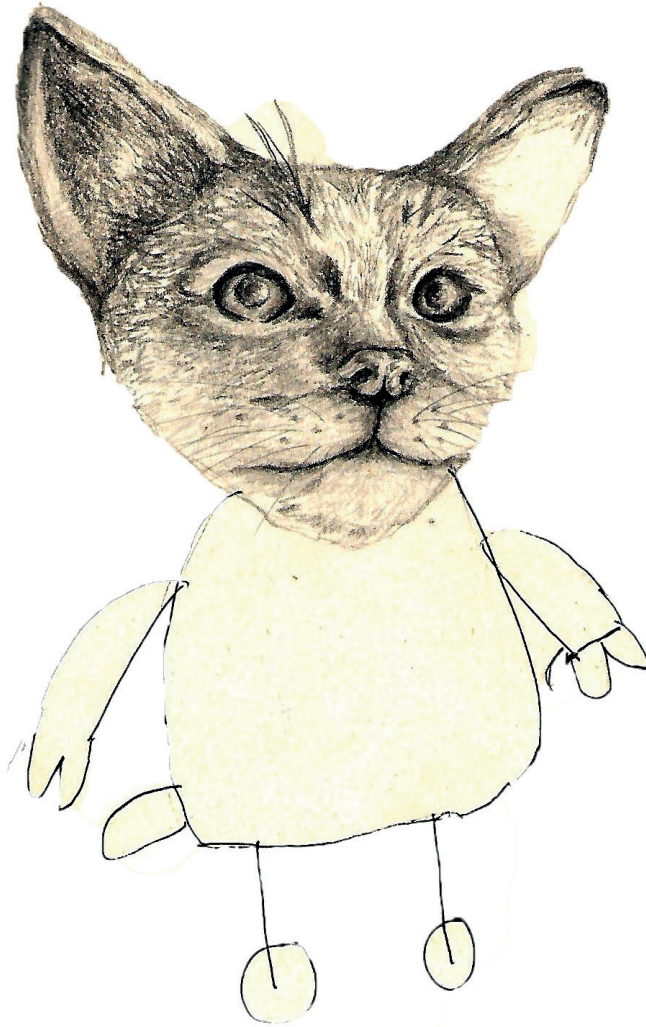


Figura 9. *Gato.* Dibujo de Tomás y Victoria. 2019.

Ahora pienso que a mi investigación no la elegí, fue ella quien me encontró. Lo hizo cuando a mis 10 años permanecí horrorizada viendo la escena de un joven con discapacidad cognitiva, asesinado y colgado de un árbol, en la película mexicana *Voces inocentes* que trata sobre la guerra civil de El Salvador y el uso de los niños para combatir en ella. Lo hizo cuando a mis 15 años, en el transcurso de una visita al ancianato Cottolengo en Cali, un lugar que subsiste con bajos recursos económicos y en condiciones deplorables, regresé llorando a casa porque conocí un joven con el mismo trastorno, abandonado en aquel sitio. Me eligió a mí cuando leí *Patíbulo*, de Harold Kremer y me marcó para siempre. Lo hizo cuando a mis 24 años, caminando hacia el trabajo vi un joven con discapacidad mental vendiendo dulces sobre la calle 16 con carrera 100 en Cali. Lo hizo en cada uno de los momentos en los que la vida me dobló para mostrarme lo frágil de ser vulnerable en una sociedad que puede ser perversa y violenta. Sobre todo lo hizo desde que nací, cuando pude crecer junto a mi hermano, un niño, un joven y un adulto que sigue respondiendo con el gesto de su mano que tiene: *un, do, tre y cuatro años*.

Archivo y construcción de imágenes

Mi acto de crear es la respuesta a una motivación. El ejercicio de dibujar, recortar y luego de fotografiar, leer y escribir, hace que los productos de mi trabajo se conviertan en un diario al que acudo con la necesidad de una exploración plástica y sensible. La experiencia artística me sirve como un vehículo para reflexionar sobre mí y sobre mi relación con el mundo. La práctica plástica me abre la posibilidad de pensar por medio del hacer y, como resultado, he obtenido imágenes que se conforman de mis experiencias de vida.

En el ejercicio de la construcción de mi archivo, encontré que lo había estado realizando de manera inconsciente desde la infancia. Es así como la creación de cada imagen en mi trabajo reúne elementos que he obtenido desde la experiencia y refleja la manera en que inciden sobre mí los deseos, los sentidos, las emociones, la extrañeza de mi memoria y mis afectos.

El desarrollo de mi trabajo, ha estado incidido también por la casualidad. El azar de cada conversación que se dio con un profesor en un salón de clases o en un

un pasillo, tertulias de café con mis compañeros durante tiempos de descanso, las experiencias que obtuve en la granja Fedar, las conversaciones en el semillero Horizonte Blanco, una emergencia global que me hizo volver a casa, así como también una metodología rigurosa en la que me senté a buscar entre el álbum familiar, los mapas conceptuales, las anotaciones en mis cuadernos, los recortes de noticias, los cuentos que encontré, los libros que busqué.

Fotografía

Una emergencia global sanitaria, nos obligó a todos a parar y encerrarnos. Encerrada, sola, lejos de mi familia, pude reparar que en la galería de mi celular, se reunían fotos que daban cuenta de mi día a día. Las fotos que tomaba sin ninguna pretensión, así como los escritos y dibujos que llenaban mis bitácoras, formaban parte de unos diarios que no deseaba mostrar a nadie (Figura 10). Al volver a casa, ví en la tablet vieja de mi hermano, que él también acumulaba fotos en su galería. Encerrado, tomaba fotos de los espacios, objetos y personas que dentro de casa le parecían interesantes.

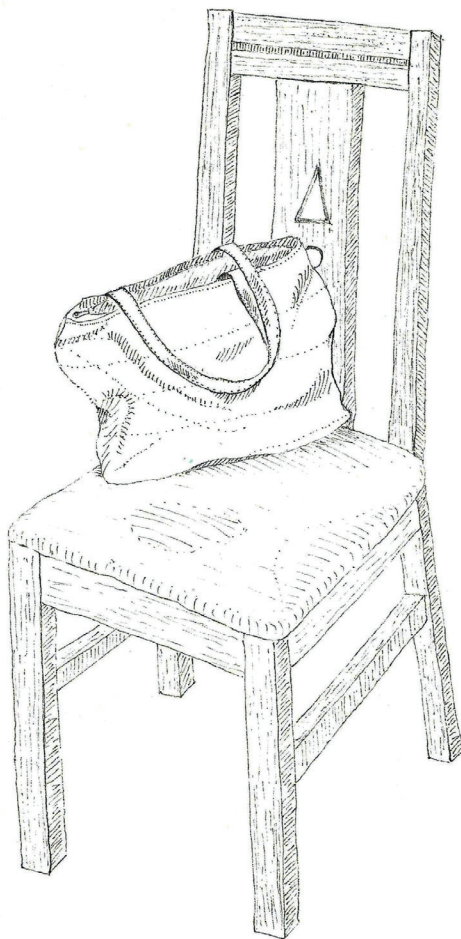


Figura 10. *Pandemia: dibujos del adentro.* Rapidógrafo sobre papel.
2020.

Esta vez, conviviendo junto a él, tenía la oportunidad de incluirlo en mis trabajos, no con una lejana grabación de su voz, sino contando con su presencia y participación. El acto de fotografiar sin ninguna pretensión, se convirtió en la acción que pude realizar junto a Tomás. Yo podía dispararle con un click y él podía devolverme el disparo.

En la preocupación de realizar un trabajo de investigación-creación que expusiera intimidad propia y ajena, sobre todo si eso incluía momentos tristes o penosos, decidí seguir guiada con la intención que tenía desde antes de entrar a la academia: crear sin pensar que los resultados serían publicados o mostrados y con la calma de creer que a nadie le interesaría leer mis palabras o ver mis imágenes.

Yo fotografío a mi hermano, mi hermano me fotografía a mí

Al nacer, no abrí los ojos en el hospital. Fue en casa que, tras abrirlos, pude ver el lugar donde me establecí en el mundo. Seguramente vi a mi madre y al resto de mi

familia. Quisiera recordar la primera vez que vi a Tomás. La imagen más vieja que conservo de mi hermano en mi memoria, corresponde a un instante en el cual mi mamá me sentó en el comedor, lo vi asomar sus ojos sobre la mesa, estos cubiertos por unos lentes grandes y gruesos. Antes de hablarnos, mi hermano y yo nos miramos. Lo vi siendo niño y lo veo ahora siendo adulto. Así como veo a mi hermano comprendo que también soy vista por él. John Berger (1974), lo explicó en su libro *Modos de ver*:

Poco después de poder ver somos
conscientes de que también
nosotros podemos ser vistos.
El ojo del otro se combina
con nuestro ojo para dar plena
credibilidad al hecho de que
formamos parte del mundo visible.

Si aceptamos que podemos
ver aquella colina, en realidad
postulamos al mismo tiempo que
podemos ser vistos desde ella. La
naturaleza recíproca de la visión es
más fundamental que la del diálogo

hablado. Y muchas veces el diálogo es un intento de verbalizar esto, un intento de explicar cómo, sea metafórica o literalmente, “ves las cosas”, y un intento de descubrir cómo “ve él las cosas”. (p. 15)

Por medio de la fotografía puedo recrear las imágenes que vi de niña junto a Tomás, reconstruyendo o volviendo a las estructuras en las que pasamos nuestra infancia y que se convirtieron en los lugares seguros en los que nos escondimos en el adentro (Figura 11). El ejercicio de volver a las estructuras contenedoras parece querer evocar algo que se encuentra ausente, puesto que desde la adolescencia cada uno adoptó sus refugios individuales. Fotografiarnos nos sirve para traer al presente lo pasado y reproducirlo en imágenes, salvo que esta vez con la mirada de unos niños a los que les han pasado los años.

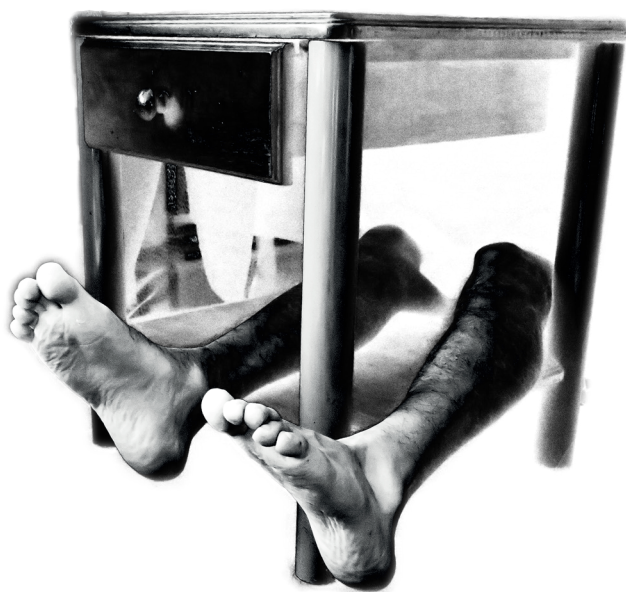


Figura 11. *Nochero*. Fotografía. 2022.

Tomás siempre me vio, ahora me ve, escoge una vista para registrarme, suena el click y viceversa. Las imágenes que creamos las vemos intervenidas por nuestra cercanía. Probablemente para una persona lejana sean simplemente las fotografías de dos sujetos jugando. En ese sentido, pienso que mi trabajo es importante para mí por lo que nos sucede a ambos en el proceso de creación, y me respondo que realizo este trabajo principalmente para mi hermano y para mí.

Trastorno mental

Hasta el 2020 en mi familia pensamos que la única discapacidad mental que nos rodeaba correspondía a la de Tomás. A lo largo de ese año, uno a uno de nosotros se descubrió en medio de un trastorno. Desde la demencia senil de la abuela- una patología que deteriora progresiva y rápidamente sus capacidades cognitivas-, hasta diagnósticos de depresión grave con síntomas psicóticos y trastornos de ansiedad.

La asfixia de mi abuelo y su fallecimiento. Seis días después, la presencia de demonios que nadie vio, se

mostraron a mi tía para llevarla a un ataque en el que sentía y escuchaba cosas que ninguno de nosotros pudo resolver. En medio del misterio absurdo por una situación desconocida, el llanto, los gritos y la buena intención de las vecinas que querían creer en la obra y gracia de un Dios supremo y los servidores de Satanás, me presioné a tomar decisiones.

Encerré a Tomás en una habitación, lo observé antes de cerrar la puerta y su mirada me regaló un momento de calma. Ambos fingimos al otro no estar perturbados. De la misma manera, guardé a mi abuela en su cuarto, no fue dócil y batalló en su silla de ruedas hasta salirse de su estructura. Mi mamá no quiso ver y ella misma decidió esconderse mientras localizaba un transporte que nos condujera al hospital psiquiátrico de la ciudad.

Vigilé cada paso de mi tía, cuidándola. Ella pudo entender que todos mis sentidos la seguían, y fueron sus ojos, cuando miraron la ventana, los que delataron lo que yo ya intuía. Prevenir cada paso, como los que algún día llevaron a un adulto a bajar a Tomás de la ventana, me permitieron tomar a mi tía por la cintura cuando ella se abalanzó sobre aquel hueco que se le abrió entre las paredes para elevarla al retiro total de sus pensamientos.

Al abrazar fuertemente a mi tía impedí su huida de la casa, que además sería la huida de su vida. Logré mantener su cuerpo dentro de las entrañas de la estructura, aunque, a pesar de que su cuerpo seguía conmigo dentro del hogar, su mente habitaba un lugar desconocido al que no podía traer de vuelta.

Cenizario, hospital psiquiátrico, historias clínicas, diagnósticos y pastillas. Clonazepam, quetiapina, sertralina o fluoxetina. Las sustancias recorrieron nuestros cuerpos hasta llegar a los neurotransmisores ubicados en los cerebros.

No soy yo, tampoco Tomás. Es el diario de una caja:

Sin fecha

Malditas cápsulas liberadoras de serotonina:

En octubre de 2021 empecé a tomar medicamentos con el fin de mejorar mi salud mental. El remedio a mi mal fue entrar en un estado de adormecimiento permanente. Poco a poco todo me empezó a importar cada vez menos. En medio de la dificultad por no

poder controlar mi somnolencia decidí lo indecible según mi historia clínica: no tomar más mis medicamentos.

Lunes, 16 de mayo de 2022

Cali, 5:32 p.m.

A cinco días sin mis cápsulas, siento la pesadez de un cuerpo intoxicado por la medicación de varios meses. A mi medicina quiero agradecerle por el tiempo que me acompañó y me ayudó a no enloquecer, pero ahora le pido que me deje continuar “cuerda” o “sensata”, sin la necesidad de que sus sustancias corran entre mi vientre, mis vísceras y mi cerebro.

Voy a extrañar las cápsulas que alejaron toda ansiedad y que me regalaron muchos meses de descanso. Me despido porque mi proyecto necesita una versión mía más ágil y atenta. Finalizo disculpándome porque en medio de mis ideas oscilantes entre el amor y la tolerancia no logré una conciliación entre proyecto y medicación.

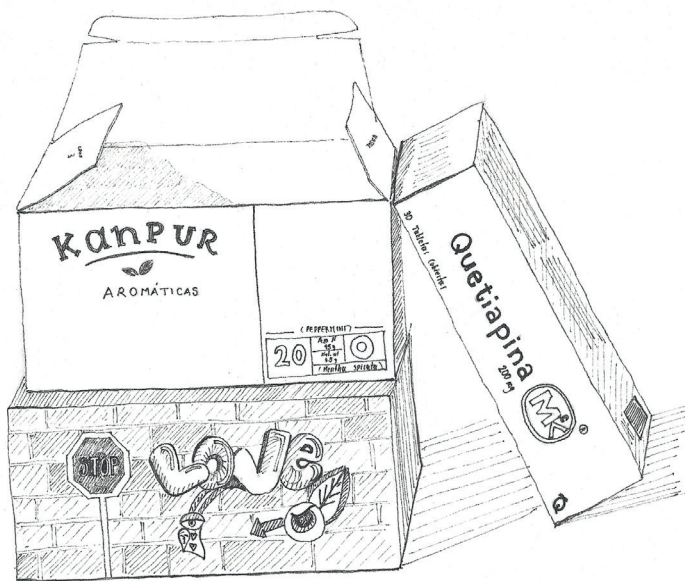


Figura 12. *Pandemia: dibujos del adentro; Quetiapina y manzanilla.*

Rapidógrafo sobre papel. 2020.

Reconstruir lugares seguros

La estructura que nos vio crecer a Tomás y a mí, fue testigo de cada suceso familiar. Esta vez, se presentó ante nosotros como un escenario, disponiendo los elementos necesarios para la construcción de mis

imágenes. Durante noches oscuras, silenciosas, nos reunimos (Figura 13). Una persona con discapacidad cognitiva y tres mujeres con trastornos mentales trabajamos en unas sesiones de fotografía que se convirtieron en un evento familiar.



Figura 13. *Ropero*. Fotografía. 2020.

Después del atardecer, cuando la oscuridad se alojaba en nuestra casa, se daba inicio al momento de la fotografía. Junto a linternas, cortinas, sabanas y diferentes telas, generamos espacios en los que nos detuvimos a jugar entre las sombras. La primera caja fue la recreación de la casa de sábanas.

Cubo ensamblado

Volver a casa, en términos de espacio y de experiencia, me permitió esconderme nuevamente junto a mi hermano (Figura 14). Entrar en una estructura contenedora era regresar al momento donde nos resguardamos en unas telas que aparentaban no estar bordeadas por nada, pero que daban la impresión de estar ensambladas como un cofre fuerte, que decidía junto a nosotros, ocultarnos entre juegos y misterios. Cubo ensamblado es una obra que se compone de telas con fotografías impresas en ellas. Para el desarrollo de esta propuesta visual fue importante contar con el apoyo de referencias artísticas.

El trabajo de la fotógrafa Claude Cahun hace parte de mis referencias artísticas temáticas, entre las que encuentro una estructura como propuesta visual.



Figura 14. *Entre sombras.* Fotografia. 2021.

Lucy Renée Mathilde Schwob (Francia, 1894-1954), conocida bajo el seudónimo Claude Cahun, fue una fotógrafa y escritora. Su obra dio cuenta de un trabajo principalmente autobiográfico en el que realizó autorretratos performativos. Le interesó estudiar los límites de género y pensar la identidad sexual, sobre todo en un tercer género que se encuentra entre los límites de la homosexualidad, bisexualidad y androginia. Sin embargo, la fotografía que particularmente considero importante para mi trabajo de investigación es aquella donde aparece Cahun, recostada dentro de un mueble-armario (Figura 15). Independientemente de la intención de la artista tras este trabajo, lo que estudio de la imagen es el armario como ese espacio que puede servir para ser habitado, el cual se convierte entonces en refugio y descanso.

Técnica o formalmente, es útil para mí proyecto estudiar las obras de María Gabriela Estrada y Cecilia Vicuña.

María Gabriela Estrada (Bogotá, 1995). Su obra “Morada” (Figura 16), corresponde a la realización de un espacio seguro, una casa que ella tejió con lana. Su trabajo construye un espacio para ser habitado

relacionándolo con el recogimiento que hacen los animales en sus moradas. Este proyecto es importante para mí, porque aunque su trabajo de espacio-nido lo relaciona con otras especies, formalmente responde a la construcción de aquella estructura que protege y resguarda.



Figura 15. *Autorretrato.* Claude Cahun. 1932.



Figura 16. *Morada*. María Gabriela Estrada.

Cecilia Vicuña (Chile, 1948). En su trabajo plantea una relación entre arte y política, que desarrolla mediante la escritura y su creación artística. En la serie *Veroír el fracaso iluminado* (Figura 17), cuenta con diferentes trabajos. Formalmente, su obra es importante para mí por el uso de las telas como material y la estructura que crea con ellas.



Figura 17. *Veróir*. Cecilia Vicuña.

Las artistas anteriormente mencionadas, son referencias artísticas muy importantes para la construcción de *Cubo ensamblado*, una caja construida de telas. Las fotografías impresas en ellas recrean los juegos de sombras que sucedían durante mi niñez y la de mi hermano en la casa de sábanas.

Yo... uno, dos, tres, cuatro, Tomás.

Por consecuencia de acontecimientos que nos hicieron a Tomás y a mí permanecer en el adentro, el juego del escondite se convirtió en nuestra constante. De la misma manera como la muñeca rusa se cierra para guardar a otra en su interior, que a su vez contiene otra, así mismo, el hilo que se conectó desde el vientre de mi madre, al nacer, nos llevará hasta el cajón que cuidará nuestros cuerpos el día de nuestra muerte. Descubrir la caja como estructura contenedora y protectora dio nacimiento al trabajo: *Yo... uno, dos, tres, cuatro, Tomás*, una instalación de una caja en el cuarto oscuro, que reproduce la imagen de dos hermanos tapándose la cabeza con cajas de cartón. Para la realización de este trabajo, es importante como referencia artística el trabajo de Diane Arbus, Francesca Woodman y Kirsten Justesen.

Diane Arbus (Nueva York, 1923-1971). Su trabajo en fotografía retrató a personas socialmente marginadas. Sus obras son importantes para mi trabajo de investigación puesto que en ellas deja ver la sociedad

que está compuesta por seres rechazados, aislados y que ella muestra sin la intención de generar compasión, sino de invitar al espectador a ver la realidad. En palabras de Susan Sontag, en su libro *Sobre la fotografía* (2018) “La obra de Arbus expresaba su rebelión contra lo público convencional, seguro, tranquilizador -y tedioso- en pro de lo privado, oculto, feo, peligroso y fascinante” (p. 50). La atención que presta Arbus en las personas que fotografía, invita a ver al otro para así darnos cuenta que todos no somos “uno mismo” o “uno igual”, y las particularidades que hacen de cada persona alguien único y fascinante.

Las fotografías de Arbus vuelven irrelevantes las reacciones compasivas. No se trata de perturbarnos, ni de capacitarnos para afrontar lo horrible con ecuanimidad. La mirada que no es compasiva es una interpretación ética especial y moderna: no es insensible, sino ingenua. (Sontag, 2018, p.49)

Mi trabajo no pretende generar actitudes compasivas. Se mueve por el afecto que me une a mi hermano, por lo cual fue relevante encontrar la fotografía de Diane Arbus, en la que muestra a dos hermanas, extrañamente parecidas, una junto a la otra (Figura 18).



Figura 18. *Identical Twins.* Diane Arbus. 1967.

Francesca Woodman (Nueva York, 1958-1981). En su fotografía se encuentran retratos y autoretratos a blanco y negro. Es una imagen de una mujer en el rincón (Figura 19), la que utilizo como referencia artista para pensar en la idea de la esquina que se convierte en una semicaja.



Figura 19. *Autorretrato.* Francesca Woodman. 1976.

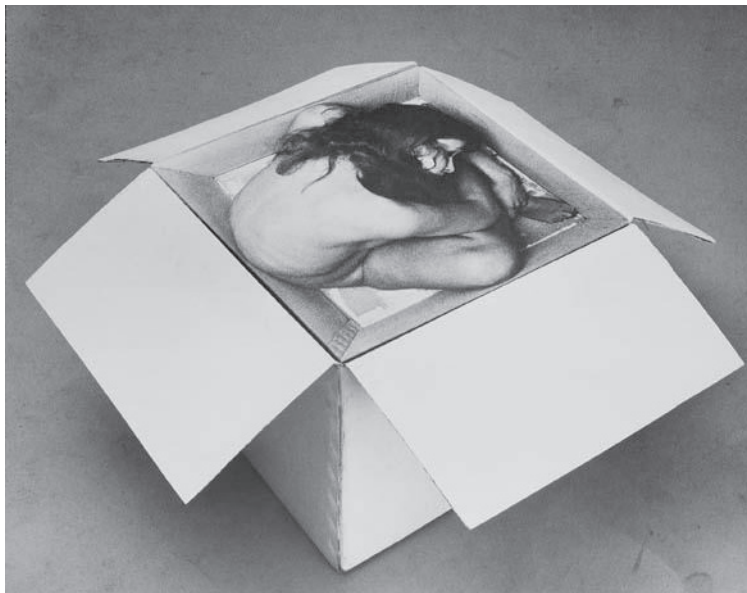


Figura 20. *Escultura 2*. Kirsten Justesen. 1968.

Kirsten Justesen (Dinamarca, 1943). En la década de 1960 empezó a utilizar su cuerpo como material y herramienta. Para la obra, *Escultura 2* (Figura 20), colocó una fotografía de su cuerpo en una caja de cartón. Este trabajo es importante en mi proyecto de investigación puesto que en él encuentro la relación entre aquel objeto-estructura contenedor y aquel que lo habita.

Capítulo 3

Silencio

A los dos años de edad Tomás dio sus primeros pasos y a los cuatro balbuceó unas cuántas sílabas. Un tiempo de aprendizaje tardío llevó a mi hermano a la emoción de querer descubrir el mundo caminando y hablando. Su gran esfuerzo por aprender a hablar y caminar le requirieron un tiempo que transcurrió lento y cuando por fin pudo hacerlo otros niños lo silenciaron.

Ser testigo de las malas intenciones de otras personas a las cuales les incomodaba ver y oír a mi hermano, me dolía. A pesar de ello, fue solo hasta que obtuve mi propio diagnóstico cuando comprendí cómo se sentía no ser escuchada. La vivencia de ser tildada de trastornada, la ilustra muy bien Gabriel García Márquez (1992), en su cuento “Sólo vine a hablar por teléfono” del libro *Doce cuentos peregrinos*:

Algo sucedió entonces en la mente de María que le hizo entender por qué las mujeres del autobús se movían como en el fondo de un acuario. En realidad estaban apaciguadas con sedantes, y aquel palacio en sombras, con gruesos

muros de cantería y escaleras heladas, era en realidad un hospital de enfermas mentales. Asustada, escapó corriendo del dormitorio, y antes de llegar al portón una guardiana gigantesca con un mameluco de mecánico la atrapó de un zarpazo y la inmovilizó en el suelo con una llave maestra. María la miró de través paralizada por el terror. Por el amor de Dios -dijo-. Le juro por mi madre muerta que solo vine a hablar por teléfono. (p. 103)

No estuve interna en un hospital psiquiátrico, acudí a él en búsqueda de la sanación de mi tía. Las paredes blancas, los gritos, pacientes intentando escapar, médicos e inyecciones, son las imágenes que presencié. Primero me sentí consternada, luego me acostumbré. Así lo capturó Albert Londe, en una serie de fotografías en las que registró un ataque de histeria en el Hospital de la Salpêtrière, París, 1885.

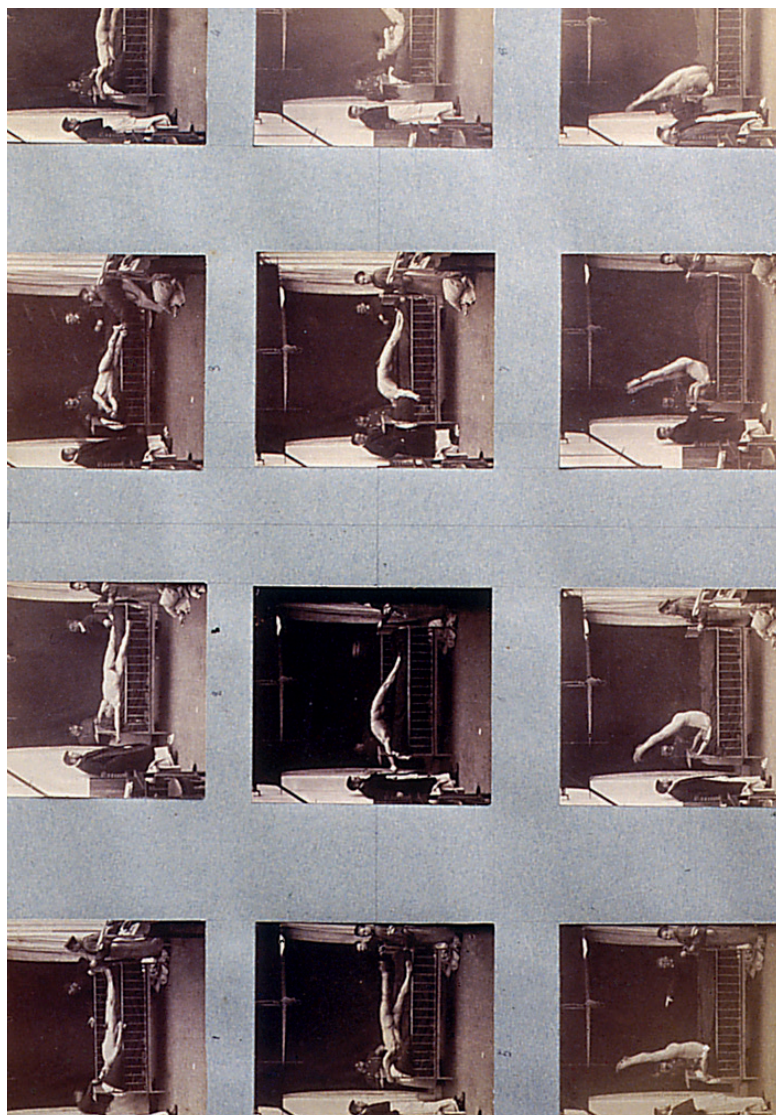


Figura 21. *Ataque de histeria*. Albert Londe. 1885.

Para que María durmiera la primera noche, tuvieron que inyectarle un somnífero. Antes de amanecer, cuando la despertaron las ansias de fumar, estaba amarrada por las muñecas y los tobillos en las barras de la cama. Nadie acudió a sus gritos. (p. 103)

No es necesario estar amarrado a una camilla para sentir el rechazo al que se te condena en la sociedad, aún cuando tengas el trastorno más ligero. Este trabajo que realicé trastornada, junto a una persona con discapacidad cognitiva y con la ayuda de dos mujeres alteradas cerebralmente, nos reunió en momentos en los que nos descubrimos a través del silencio. Dentro de la casa, que nos resguarda, alejados de los otros y del ruido, nos adentramos en nosotros mismos. La compañía en silencio dejó ver otras formas de comunicarnos.

Comunicación por medios no verbales

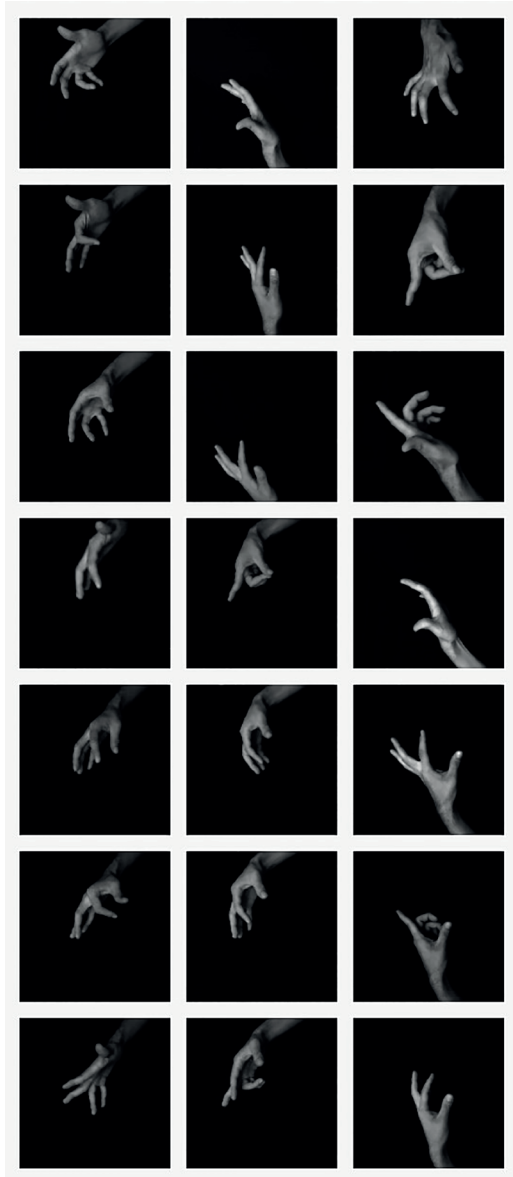
Mi hermano me guiña un ojo, yo le respondo guiñando el mío, entonces él guiña los dos, y así sucesivamente nos divertimos. Desde hace varios años ambos nos comunicamos por medio de gestos y guiños. Esta forma de expresión no lingüística, me recuerda a la que describió Faciolince (2019), refiriéndose a su hija:

Daniela me hace ver algo hermoso en el ser humano, la capacidad de comunicación simbólica. Hoy, para decirle a su niñera que quería ir afuera, se tocaba las orejas, jalándose los lóbulos, con el gesto del que se quita algo. Era fácil y difícil de entender: Belén, la muchacha que nos ayuda, antes de salir, siempre se quita su única joya: un par de aretes de oro. Para Dani ese gesto tiene algo mágico, el abracadabra para abrir la puerta. (p. 52)

De la experiencia de aprender a comunicarme con mi hermano por medios no verbales, surgen dos propuestas de vídeo. La primera recrea gestos realizados con las manos, un juego que no pretende hacer figuras como las que aparecen en el teatro de sombras (Figura 22). Esta acción nació en la casa de sábanas y se mostró en medio de la oscuridad de la noche y con la iluminación de una linterna.



Figura 22. *Gestos.* Fotograma. 2021.



Órgano visual

El par único de ojos que me observó desde que nací, ahora clava sus ojos en mis ojos a través del lente de una cámara fotográfica (Figura 23). La cámara es el instrumento diseñado como un órgano visual que percibe la luz para convertirla en imágenes y que ahora utilizamos para eternizar los momentos guardados en nuestra memoria. Entre el ojo de Tomás y el mío, está el ojo de la cámara, a partir de allí nace una propuesta en vídeo construída con fotografías.



Figura 23. *Órgano visual*. Fotograma. 2022.



Figura 24. *Los ciegos*. Sophie Calle. 1986

De manera conceptual, encuentro el trabajo “Los Ciegos” de Sophie Calle, una artista conceptual francesa. En su proyecto establece diálogos, con personas con discapacidad visual, los cuales giran en torno a la idea que se tiene sobre lo que es la belleza. Producto de esta interacción surge un registro fotográfico junto a escritos que responden a lo que el retratado identifica como bello. Este trabajo es importante para mi proyecto de investigación, porque da cuenta de un proceso de inclusión y de las relaciones que se pueden establecer independientemente de nuestro género, posición social, creencias religiosas, discapacidades, entre otras.

Aquellos que durante la historia han sido condenados al silencio

Aquel que ha vivido al margen de la sociedad, ha sido condenado a retirarse, alejarse, ausentarse y esconderse para evitar el encuentro con otros. Sin embargo, a pesar de estar al margen por causa de una cultura que no acepta la diversidad —o tal vez como consecuencia de ello— es posible que se adentre en sí mismo. Al estar lejos del ruido de la sociedad se puede encontrar con el silencio.

Dado que crecí junto a mi hermano viví con él el aislamiento impuesto por los demás. Lo afrontamos caminando, recorriendo sitios, jugando y hablando solos, buscando lugares o construyendo estructuras para escondernos y jugar o solo para reunirnos en torno al silencio.

El ejercicio de recordar me ha llevado a preguntarme sobre la forma como hemos incorporado una idea de lo que es la normalidad. Pienso en cómo hacer para desnormalizar un lenguaje o desnaturalizar política y emocionalmente un enunciado que nos ha hecho pensar

en el otro como un ser dispar y que lo lleva a la nulidad y marginalidad. Nos incorporamos a una sociedad que nos impone vivir con un lenguaje excluyente en el que se clasifica lo que se incluye y lo que no, como la normalidad o lo anormal.

La sociedad debe rediseñarse y el poder que este ejerce tiene su contrapartida: la resistencia. ¿Cómo podemos pensar una sociedad que lleve a la práctica el cuidado por el otro, la compasión y la generosidad? La construcción de una imagen puede cambiar el pensamiento de alguien, invitarnos a reflexionar, repensarnos lo siguiente: ¿a qué nos referimos cuando hablamos de lo anormal? También puede generarnos un pensamiento crítico e incentivar la reflexión sobre la diversidad cultural. ¿De qué manera podemos convivir de una forma que permita y respete el pluralismo, eliminando la discriminación y trabajando por un sistema con igualdad de oportunidades para todos?

Hoy en día, gracias al pensamiento crítico y a los movimientos sociales y políticos, se piensa en la diversidad cultural y existe una lucha por abolir la discriminación hacia las poblaciones que a lo largo

de la historia fueron apartadas y aisladas por la sociedad. Sin embargo, aún es necesario que continuemos trabajando por el reconocimiento de todos como seres múltiples, por fomentar la idea de que todos no somos iguales y que, a pesar de esto, también somos parte de la sociedad, independientemente del sexo, de las creencias y de las habilidades individuales, entre otras características.

No soy yo, tampoco Tomás. Es el diario de una caja:

¿Se puede convertir una persona en
cárcel para nosotros? ¿Podemos sentirnos
cohibidos, asfixiados, ahogados y llenos de
angustia?

¿Algún día te escondiste de alguien?

El escondite que encontré se convirtió en
mi lugar seguro. El representa para mí la
tranquilidad, la protección, la calidez que yo
necesito.

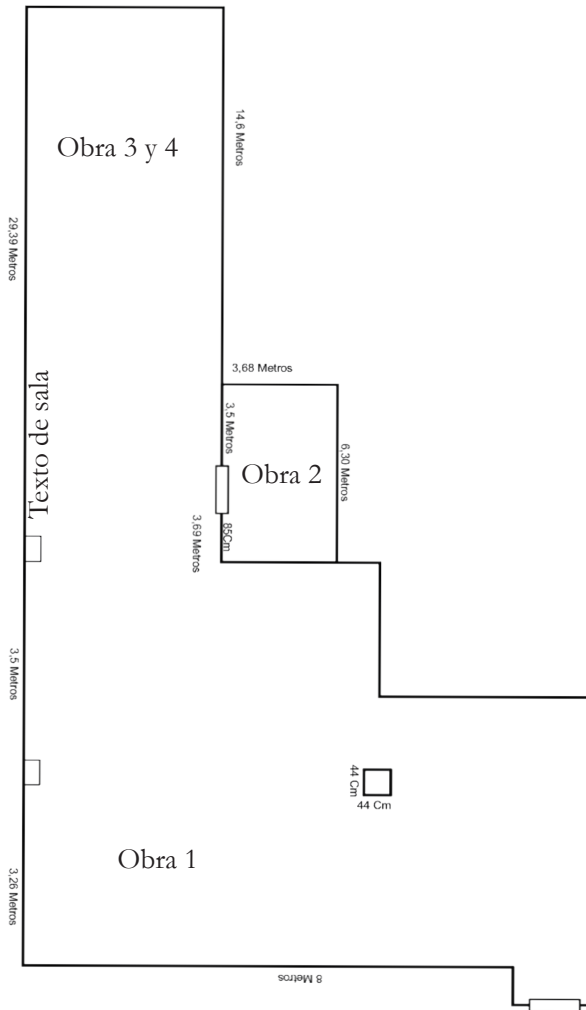
Anexos

Tabla de figuras

- Figura 1.** *Hermanos.* Dibujo de Tomás. 2019.
- Figura 2.** *Chiva.* Dibujo de integrante de Fedar. 2019.
- Figura 3.** *Collage.* Dibujo de integrantes de Fedar. 2019.
- Figura 4.** *Cortinas de velo.* Fotografía. 2020.
- Figura 5.** *Mapa conceptual.* Digitalización. 2019.
- Figura 6.** *Mapa conceptual.* Digitalización. 2020.
- Figura 7.** *Mapa conceptual.* Digitalización. 2020.
- Figura 8.** *Tarjeta.* Digitalización.
- Figura 9.** *Gato.* Dibujo de Tomás y Victoria. 2019.
- Figura 10.** *Pandemia:* dibujos del adentro. Rapidógrafo sobre papel. 2020.

- Figura 11.** *Nochero*. Fotografía. 2022.
- Figura 12.** *Pandemia: dibujos del adentro; Quetiapina y manzanilla*. Rapidógrafo sobre papel. 2020.
- Figura 13.** *Ropero*. Fotografía. 2020.
- Figura 14.** *Entre sombras*. Fotografía. 2021.
- Figura 15.** *Autorretrato*. Claude Cahun. 1932.
- Figura 16.** *Morada*. María Gabriela Estrada.
- Figura 17.** *Veroír*. Cecilia Vicuña.
- Figura 18.** *Identical Twins*. Diane Arbus. 1967.
- Figura 19.** *Autorretrato*. Francesca Woodman. 1976.
- Figura 20.** *Escultura 2*. Kirsten Justesen. 1968.
- Figura 21.** *Ataque de histeria*. Albert Londe. 1885.
- Figura 22.** *Gestos*. Fotograma. 2021.
- Figura 23.** *Órgano visual*. Fotograma. 2022.
- Figura 24.** *Los ciegos*. Sophie Calle. 1986

Plano de montaje



Caja, entre las sombras y el silencio

Obra 1: **Cubo ensamblado.**

Técnica: Instalación.

Año: 2022

Obra 2: **Yo, uno, dos, tres, cuatro, Tomás.**

Técnica: Instalación.

Año: 2022

Instrucción: *Encuentra a dos niños con la tenue iluminación de una linterna.*

Obra 3: **Órgano visual.**

Técnica: Vídeo.

Año: 2022

Obra 4: **Hermano.**

Técnica: Vídeo.

Año: 2021

Registro fotográfico: Sustentación Trabajo de Grado



Título: Cubo ensamblado.

Autor: Victoria Escobar

Técnica: Instalación.

Medidas: 150 x 280 cm

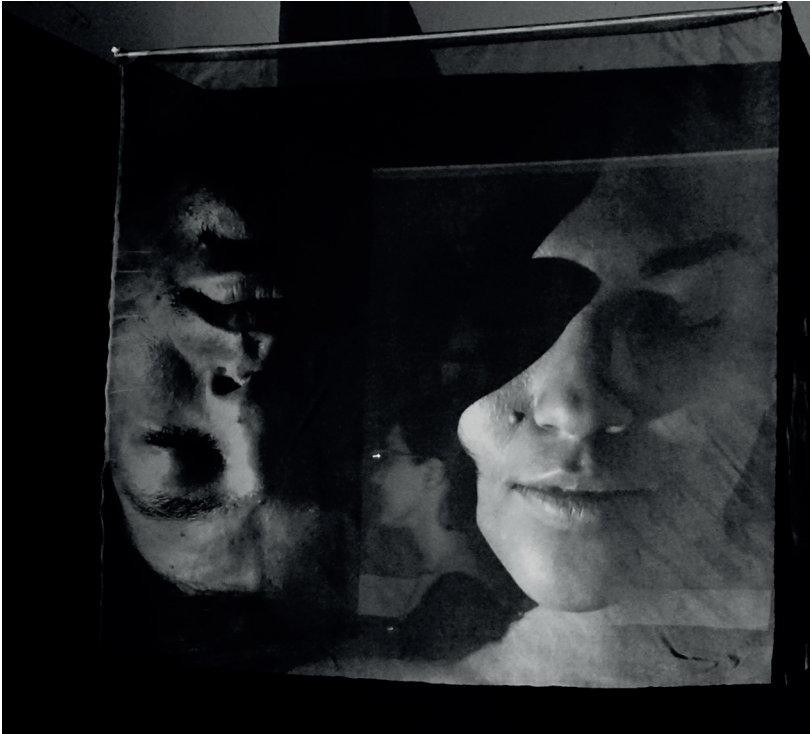
Año: 2022











Título: Yo, uno, dos, tres, cuatro, Tomás.

Autor: Victoria Escobar

Técnica: Instalación.

Año: 2022

Instrucción: *Encuentra a dos niños con la tenue iluminación de una linterna.*











Título: **Hermano**

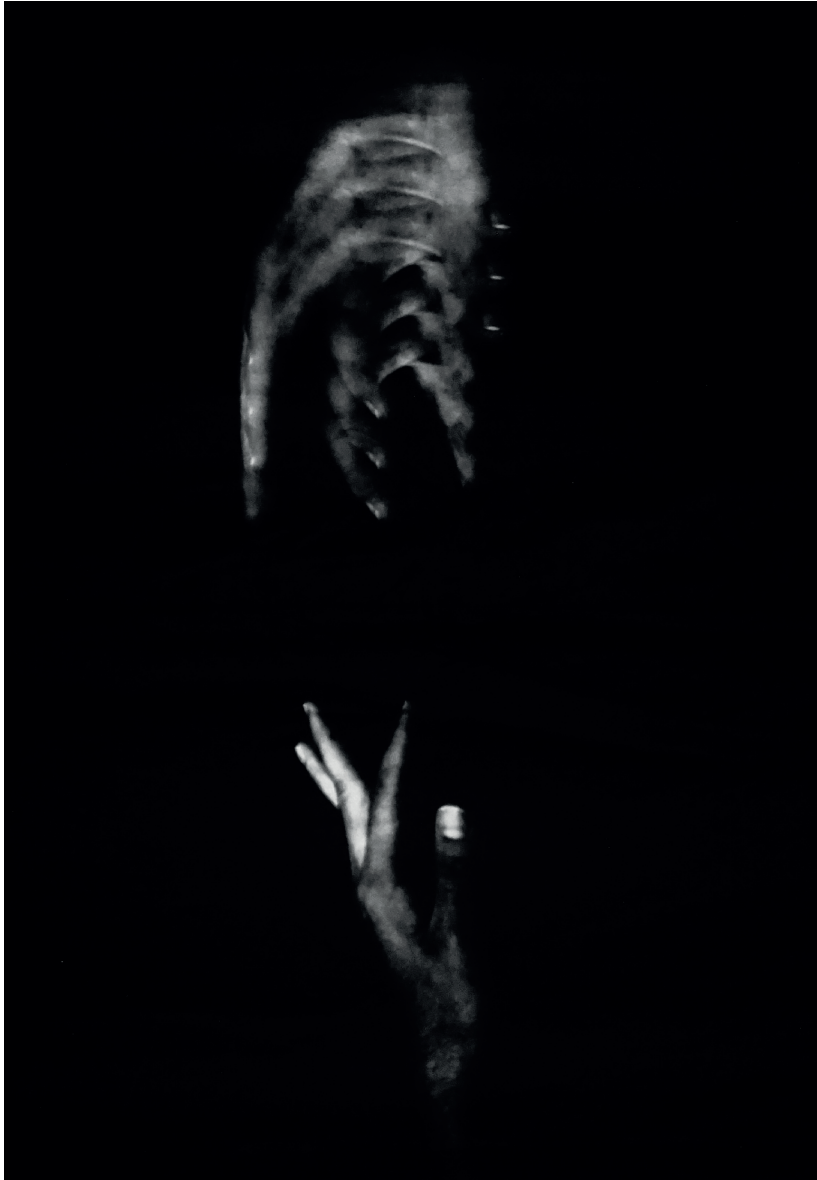
Autor: Victoria Escobar

Medida: 300 x 280 cm

Técnica: Vídeo.

Año: 2022







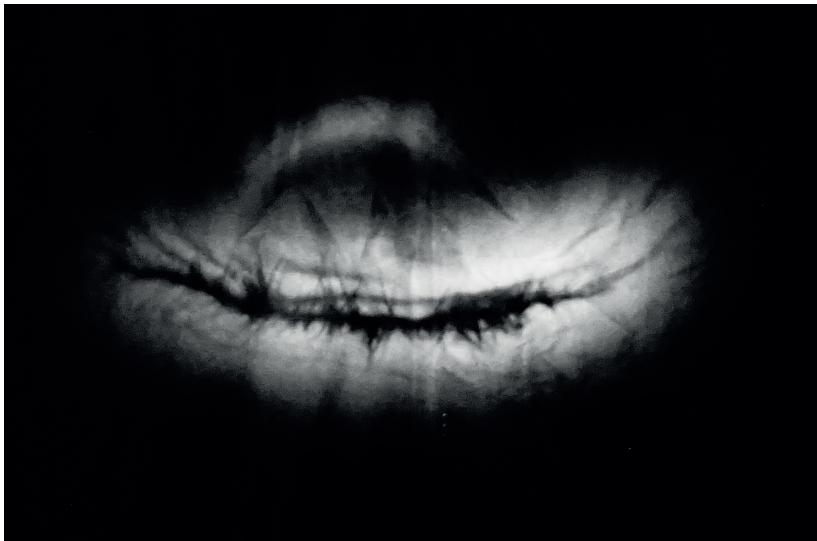
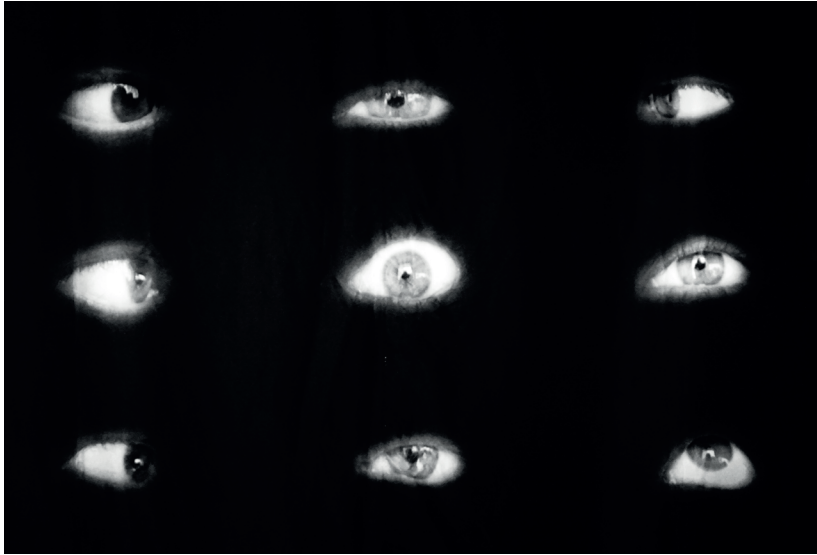
Título: **Órgano visual.**

Autor: Victoria Escobar

Dimensión: 300 x 280 cm.

Técnica: Vídeo.

Año: 2022



Bibliografía

Abad Gómez, H. (2021). *Manual de tolerancia*. Angosta Editores.

Abad Faciolince, H. J. (2017). *El olvido que seremos*. Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.

Abad Faciolince, H. J. (2019). *Lo que fue presente*. Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.

Bachelard, G. (1965). *La poética del espacio*. Fondo de cultura económica de Argentina, S.A.

Berger, J. (1974). *Modos de ver*. Editorial Gustavo Gili.

García Márquez, G. (1992). *Doce cuentos peregrinos*. Editorial La Oveja Negra Ltda.

Kafka, F. (2021). *Carta al padre*. Panamericana Editorial Ltda.

Kremer, H. (2011). Miércoles 13. Editorial Universidad Icesi.

Real Academia Española. (Acceso: 25/07/2022).
Diccionario de la lengua española. Disponible en:
<https://dle.rae.es/estereotipo?m=form>

Sontag, S. (2018). Sobre la fotografía. Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.

